

NATASHA BROWN

Reunión



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

REUNIÓN

NATASHA BROWN



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original: Assembly

Edición en formato digital: marzo de 2022

© imagen de cubierta. Andrei Daniel Ticlean / EyeEm / Getty Images

© de la traducción, Inga Pellisa, 2022

© Natasha Brown, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4428-3

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

*Todo lo que se hace en este mundo es vana ilusión,
es querer atrapar el viento¹*

NADA

Tienes que dejarlo, le dijo ella.

¿Dejar qué?, respondió él, nosotros no estamos haciendo nada. Quiso corregirle. No había ningún nosotros. Estaban él, el sujeto, y ella, el objeto, pero el hombre le dijo: mira, no tiene sentido ponerse así por nada.

A menudo se sentaba en el último cubículo del lavabo de señoras y se quedaba mirando la puerta. Se pasaba ahí metida toda la hora del almuerzo, algunas veces, esperando a ver si cagaba o lloraba o reunía la determinación suficiente para volver a su sitio.

Él la veía sentada a su mesa desde el despacho, y marcaba periódicamente su extensión para comentarle lo que veía (y lo que pensaba al respecto): su pelo (salvaje), su piel (exótica), su blusa (que a duras penas contenía esos pechos).

Le ordenaba, al teléfono, que hiciese cosas sin importancia, y eso la hacía sentirse más humillada que las cosas más importantes que acabarían llegando después. Pero aun así sostenía la grapadora en alto. Se bebía un vaso de agua del tirón. Escupía el chicle en la palma de la mano.

Salió a almorzar con sus colegas del trabajo. Eran seis hombres de edades, complexiones y temperamentos diversos. Pidieron cuatro bandejas de *nigiri* de ternera y, durante la comida, fueron aludiendo ocasionalmente a su situación por medio de vagas indirectas y comentados acusadores.

Uno de los más mayores, gordo y con una barba espesa y canosa que le enmarcaba los finos labios rosados, soltó el tenedor para hablar a las claras. Comenzó poco a poco: Él sabe que no es de las que se aprovechan de la situación. Él lo sabe, lo sabe. Aquí hizo una pausa para crear expectación y saborear el placer de decirle a una chica las cosas como son. Pero: pero, a ver. había que reconocerlo, jugaba con ventaja respecto a él y el resto de los que estaban en la mesa. Eso lo podía reconocer, ¿verdad que sí?

Sonrió de oreja a oreja, estiró los brazos a los lados y se recostó en la silla. Los otros cinco la miraron, algunos asintieron. El hombre empuñó de nuevo el tenedor y se embutió más carne cruda en la boca.

El despacho tenía tres de las paredes de cristal. Las hileras de mesas se desplegaban a izquierda y derecha: un palco. Ella ocupaba el escenario central. El hombre estaba sentado,

hablándole, muy animado.

Esperaba que mostrase cierta madurez, le dijo él, cierto ojo. Se levantó de la silla, fue hacia ella, rozándola, pese a que el despacho era enorme y había sitio de sobra. Necesitaba visión de conjunto y pensar en su futuro y en el peso que tenía su palabra allí. Eso lo dijo mientras abría la puerta del despacho.

No era nada. Lo pensó ahora, como lo pensaba todas las mañanas. Se abrochó la blusa y lo pensó, mientras se ensartaba unos pendientes de botón en las orejas. Lo pensó mientras se recogía el pelo en un moño impoluto, se despejaba la cara, se alisaba la falda de tubo rígida y gris.

Lo pensó mientras comía, olvidándose de saborear o de tragar. Intentó masticar. No era nada. Respondió cortante que estaba bien, y luego, más calmada, echó un vistazo por el salón. Le preguntó a su madre qué tal el día.

Una cena al salir del trabajo, ella había aceptado. En la puerta del restaurante, antes de entrar, él la agarró de los hombros y le estampó la boca en la cara.

Se quedó mirando sus párpados cerrados y temblorosos mientras la lengua lenta de él empujaba y hurgaba en la suya. Visualizó su propio cuerpo, con las extremidades encogidas, metido en una caja. Él se apartó, sonrió, soltó una risita, bajó la vista hacia ella. Le acarició el hombro, luego los dedos, luego la cara. No pasa nada, le dijo. No pasa nada, no pasa nada.

PUES ESO

No, pero originariamente. O sea, tus padres, ¿de dónde son? De África, ¿no?

Ahí está el tema. Yo llevo cinco años aquí. Mi mujer... siete u ocho. Hemos estado trabajando, hemos pagado nuestros impuestos. ¡Vamos con Inglaterra en la Copa del Mundo! Así que cuando el gobierno nos mandó registrarnos, que nos bajásemos la aplicación esa y pagásemos para registrarnos, nos dolió. Esta es nuestra casa Nos sentimos expulsados. Es como si a ti te dicen: Vete a África. Imagínate que te dijeren: no—no, tú no eres británica de verdad, vete a África. Pues eso.

O sea, es... Bueno, ya lo sabes. Y tanto, tú lo entiendes. Lo puedes entender de una manera que los ingleses no.

DESPUÉS DE LOS LICORES, SE ENCIENDE

Ella comprendía la furia de un hombre que comprendía a su vez, en su carne y en sus huesos y en su sangre y en su piel, que su destino era estar en lo más alto de un gigante grande y pesado sobre el que nunca se ponía el sol. Porque era de noche, ya, y el hombre iba borracho. Se sentía muy pequeño, puede que apenas una boca. Un labio o un diente o una papila inflamada y rugosa en una lengua seca y blancuzca pringosa de flema al fondo, tocando a la garganta. La garganta de un hombre con la tupa colgona y el pelo ralo y cortado al rape. De modo que, cuando esa boca se abrió y le tosió su veneno encima, lo que incomodó un poco a varios de los comensales, comprendió la fuente de su ira, pese a ser ella el objetivo. Esperó a que el zumbido del móvil la excusara y, entretanto, callada, cortésmente, lo comprendió.

REUNIÓN

Es un cuento. Con sus desafíos. Su trabajo duro. Su ponerse las pilas, arremangarse, esforzarse al máximo. Subir.

Superarse, ir más allá, etcétera. Seguro que os suena. No es mi vida, pero lo tengo proyectado a mi espalda a una escala de dos metros de alto, y ahora se lo estoy contando a esas caras blandas, maleables, inclinadas hacia adelante sobre hombros uniformados. Recito mis viejas frases como si fuesen secretos nuevos. Clic a la siguiente diapositiva. Rostros gigantescos, diversos y sonrientes vestidos de traje gris señalan gráficos, estrechan manos y saludan detrás de mí. El proyector suelta un zumbido y las sonrisas se transforman en el logo apabullante del banco. Hora de terminar. Echo un vistazo a las hileras de colegialas. Les doy las gracias por escuchar, antes del turno de preguntas.

Una quiere saber si vivo en una mansión.

Ha sido todo un éxito, me dice la coordinadora del programa, y la directora asiente con un bob encrespado de cabello gris.

Separa los labios tirantes y deja entrever unos dientes amarillos de café. Damos la vuelta y bajamos por una escalerita trasera, y a mí ese aire caliente, ese olor a verdura hervida de colegio, me da náuseas. La directora me da las gracias por venir, dice que ha sido muy inspirador para las chicas. Chillidos, risas y un parloteo cantarín y estrepitoso resuenan por todas partes mientras las alumnas cruzan la puerta de la sala de actos y se desparraman por los pasillos de cemento. Sencillamente inspirador, dice.

Cuando vuelvo a la oficina. Lou todavía no ha llegado. Rara vez asoma antes de las once. Como si cada mañana una flamante mediocridad se escurriese del mar, dejase su rastro de baba por la arena y las rocas cubiertas de algas, y luego le brotasen unos miembros inquietos que crecen y mutan y se convierten en brazos y piernas a medida que se adentra en tierra hasta que, al final, plenamente formado, ¡*Lou!* entra en el vestíbulo caminando con sus pies planos enfundados en lustrados zapatos. Brillando, taconeando, esperando el ascensor que lo llevará a nuestra planta. Cabeceando al ritmo de los auriculares Beats que lleva puestos. A él nunca lo enredan para estas cosas. Soy yo la que da las charlas —en institutos y universidades, en mesas redondas, en ferias de empleo— cada pocas semanas. Va con el puesto; la diversidad se tiene que ver. ¿A cuántas mujeres y chicas habré mentido? ¿Cuántas habrán visto mi cara sonriente recomendar tal o cual empresa, o este sector, o aquella universidad, o esta vida? Este tipo de preguntas no son constructivas. Tengo que recuperar las horas perdidas de la mañana.

Durante gran parte de mi niñez, viví al lado de un cementerio. Por las ventanas que daban a la calle, contemplaba los cortejos fúnebres que serpenteaban por el camino: caballos negros seguidos por coches fúnebres también negros seguidos por coches normales de distintos colores. A veces, un hombre desfilaba en cabeza, con bastón y sombrero de copa. Y luego la gente: salían de los coches fúnebres y de los vehículos y se reunían, con guirnaldas, con sombreros. Con ataúdes, también, supongo. No recuerdo verlo. Se reunían junto a los montículos de tierra recién removida y aguardaban, con las coronas apiladas ordenadamente a su lado, o con flores en las manos. O abrazándose unos a otros. Pequeñas criaturas lejanas, aferrándose entre sí en busca de consuelo. Yo los contemplaba desde arriba.

El año pasado, compré el ático de un edificio georgiano remodelado en una zona con buena proyección. Los otros dos pisos los tenían alquilados parejas nerviosas y tirando a jóvenes. Cada noche arreciaba entre ellas una tensa discusión en torno al volumen de la música.

Los de la planta baja se llamaban, por inverosímil que pareciera. Adam y Evie. Cuando nos conocimos en el rellano, Evie se presentó primero, como la novia de Adam. Se apartó de la frente unos mechones finos de pelo rubio y me contó que trabajaba en el sector editorial. Cuando la música estaba muy alta, llamaba a la puerta del piso de arriba y les suplicaba que. *por favor*, la *bajasen*. Solo un *pelín*. Su exquisita exasperación era como una talla de vidrio cuyas esquirlas atravesaban mi propio suelo.

La otra pareja era arisca y solitaria. Apenas decían palabra, aunque yo los oía berreando entusiasmados temazos de los noventa. Eran los dos guapos; pelo moreno, rasgos marcados y pies pequeños. Todos los jueves por la mañana, había dos pares de botas de fútbol, diminutas y embarradas, secándose a la puerta de su casa.

Los ritmos familiares de nuestras vidas apiladas se habían convertido en una especie de intimidad.

Cuando estoy en el trabajo, suspiro pensando en el piso como deben de suspirar los padres cuando ven las caras sonrientes de sus hijos enmarcadas entre los papeles y tazas esparcidos por su mesa. A mi amiga Rach —menuda, consentida, enérgica— su casa, en un barrio residencial del oeste de Londres, le parece poco. Dice que quiere ¡una casa más grande, un novio mejor, más dinero! Quiere todas esas cosas sin complejos ni sutilezas, y yo temo y admiro al mismo tiempo su avidez. A mí ya no me queda. Me he hundido demasiado hondo, una opresión se ha ido enroscando a mis miembros y me ha arrastrado más abajo. Pero contengo la respiración.

¿Qué me queda, si no?

Generaciones de sacrificios; trabajo duro y una vida aún más dura. Cuánto sufrimiento, cuántas renunciaciones, cuántas, por esta oportunidad. Por mi vida. Y lo he intentado, he intentado estar a la altura. Pero después de años de esfuerzo, de nadar contra corriente. estoy lista para aflojar los brazos. Para dejar de batir las piernas. Para aspirar el agua a los pulmones. Estoy agotada. Igual es hora de ponerle fin a este cuento.

Ah, por ahí viene Lou.

CONVERSACIONES

Ayer, mientras esperaba en la luminosa recepción de la oncóloga privada cuya consulta en Harley Street había visitado ya tres veces, experimenté una desconexión. No imaginaria, no: fue tangible, un fenómeno físico. Algo se había soltado dentro. Una escisión del yo y la experiencia.

Me gustaba bastante ir allí. Las recepcionistas —jóvenes, bonitas, intercambiables— eran amables, siempre. Y me recibían como si aquello fuese un spa. Las flores ese día eran unos lirios enormes, con los pétalos abiertos y los tallos gruesos. Los estambres, con una incisión quirúrgica, soltaban borrones de polen rojo sobre los pétalos blancos. Imposible no pensar en O'Keefe. Había otra persona esperando. Con la pausada certeza de que el tiempo bloqueado en Outlook discurría según lo previsto. Desde una otomana de capitóné junto a la ventana, me puse a contemplar la calle más abajo.

Siempre que hablábamos por teléfono mi madre se pasaba el rato contándome quién se había muerto. Trayéndome a la memoria a este y aquel. Ay. claro que la conocía: ¿no recordaba que solía venir de visita con su sobrina (una niña adorable, éramos amigas)? Sí, sí. esa. Pues se murió la semana pasada. ¿Verdad? Qué horror. No sabía muy bien por qué me molestaba tanto esa rutina comunicativa. No era cotilleo, no había ninguna malicia. De hecho, esos informes frecuentes parecían impelidos por una pérdida silenciosa. Eran la prueba exhaustiva de que nosotros, cualquiera que fuese el vínculo que nos reunía en esa primera persona del plural, no íbamos a sobrevivir. Concluí que mi objeción era principalmente formal, esa estructura de premisaremate que empleaba: recordarme que conocía a una persona, invocar recuerdos de ella, de una vida, y luego revelarme su muerte. Aquello me provocaba un vuelco como de montaña rusa en el plexo solar. Con un deje de entumecimiento culpable, examiné la absurda estética lujosa de las prestaciones que me ofrecía el seguro médico de la empresa. Las revisiones, las pruebas preventivas, los rápidos controles que sustentaban la vida. Yo sabía que nosotros, los hijos que quedaríamos aquí, tendríamos lazos más débiles. No nos unía ningún otro país, ninguna cultura común más que la británica (y esa solo la podíamos reivindicar apostillada, cuando no encerrada entre paréntesis, por los orígenes de esos cuyas muertes nuestras madres nos detallaban al teléfono). Era supervivencia en el sentido estricto en el que sobrevive un patrón cultural. Una persistencia generacional, carente de significado y de memoria.

Le dije a mi novio que no pasaba nada. Estaba bien. No hacía falta que me acompañase. Pero él insistió en que al menos quedásemos para tomar algo después del trabajo. Una salida para levantar los ánimos. Vale. Hacía una noche bastante agradable. con una temperatura impropia de septiembre. Tomamos cerveza en el césped del viejo pub que hay cerca de la estación de Blackfriars. Y todo, le dije, estaba bien. Falsa alarma. Las palabras falsas podían parecer ciertas. Se convenció fácilmente, acostumbrado como estaba a los finales felices y las soluciones indoloras. Nada de que preocuparse, entrechocamos los cuellos de nuestros botellines.

—Sé que he estado distante —dijo—, no he sido yo mismo.

Me miré las piernas, de un marrón brillante al sol de la tarde. Pasamos de las biopsias, las consultas y las expresiones de alivio a hablar de su trabajo; de cosas gordas, importantes, en las que estaba involucrado tangencialmente en Whitehall.

—No creo que haya sido buena compañía los últimos tiempos —dijo.

El fin de semana anterior había dormido con la cabeza pegada a mi pecho, aovillado como un feto. Por la mañana, el lunes, me abrazó tan fuerte que me quedé en la cama un rato más acariciándole el pelo. Hasta la hora de irme a trabajar.

—A veces, yo...

Se interrumpió y empezó a rascar la etiqueta del botellín de cerveza. Parecía húmeda y blanda por la condensación, y él iba arrancando trocitos de uno en uno, los hacía una bola entre el índice y el pulgar y lanzaba aquellos grumos pegajosos a la hierba. Cuando empezamos a salir, blandía su nombre ante el maître con un ímpetu arrollador. Me preguntaba si ese concepto de sí mismo se habría desprendido, o si su yo no era más que un esmoquin que se ponía y después se quitaba. Con la cabeza echada hacia atrás, dio unos tragos de la botella. La nuez le subió y bajó al beber, y yo imaginé la cerveza fresca corriéndole por la garganta, bajándole por la curva del pecho y derramándose en su estómago.

Nos conocimos en la universidad, le gustaba decir. Aunque yo apenas traté con él entonces. Ya estaba en tercero cuando me matriculé. Ni siquiera recuerdo que hablásemos nunca, pese a que lo conocía de cara y de nombre por el movimiento estudiantil. No, no reparó en mí hasta años después, en eventos donde se cruzaban esporádicamente nuestros círculos sociales solapados. Mi capital social había aumentado —de un modo infinitesimal, incalibrable— desde los tiempos de la universidad. El dinero, incluso esa cantidad relativamente modesta que yo había amasado, me transformó. Mi estilo, mis maneras, mi jerga algo afectada de la City: todo eso le intrigaba. Vio la persona que yo estaba construyendo. Y supo detectar la oportunidad. Había leído sobre la transformación de Warren Wilhelm Jr. en Bill de Blasio.

Como quien no quiere la cosa, se hizo el encontradizo conmigo en una barbacoa organizada en la azotea de una nave industrial remodelada de Stepney. Derrochó encanto a lo Hugh Grant mientras nos bebíamos unos Pimm's tibios y afrutados servidos en tarros de cristal. El Canary Wharf espejeaba y suspiraba, hermoso, detrás de él. Parecía excesivo, por aquel entonces, como una caricatura de sí mismo. A lo largo de los meses y años siguientes, comencé a apreciar la naturaleza elástica de su personalidad. Lo observaba chinchando y dándoles empujoncitos a sus amigos. Debatiendo grandes ideas con palabras aún más grandes y un formidable sentido del humor grupal. Se metían los unos con los otros sin piedad, y luego soltaban una carcajada: doblados de la risa, dándose palmadas en las rodillas, en un despliegue casi paródico de alegría. Después, en el asiento trasero de un taxi, saludaba al conductor por su nombre y lo guiaba con destreza de la simple cháchara a las confidencias. Iba intercalando preguntas consideradas y jamás interrumpía. Era cortés, sí, pero no acartonado. Suavizaba su acento. Se despedía con un «Buenas noches, amigo» sincero, rematado por un firme apretón con ambas manos, antes de bajar del coche.

—Se está bien aquí —dijo, al fin, casi sonriendo.

Y era verdad. El mañana parecía quedar más lejos. Aunque el fin de semana que iban a pasar con sus padres seguía cerniéndose sobre todas las cosas: el aniversario de boda, en la casa de campo de la familia. Lo que debería resultar, si no relajado, al menos apetecible, se iba materializando a toda prisa en cruda realidad. Asentí, y él se volvió a mirar a los coches que

hacían cola en el cruce.

—He estado... O sea, mi ex... —Hizo una pausa, y luego empezó de nuevo—: Me ha escrito mi ex. Tiene un cachorrito.

¿Un cachorrito?, repetí yo, dando vueltas a las sílabas. Su ex también estaría en la celebración, ya lo sabía. Era una amiga de la infancia, casi un miembro de la familia, en palabras de su madre. Se habían criado juntos, retozando por la campiña inglesa a lo Colin y Mary Lennox. Al mirarlo, en cuclillas sobre el césped, con las mejillas y los ojos llorosos contraídos en un intento de estoicismo, sentí curiosidad, quise saber.

—Déjalo —dijo—. No tendría que haber mencionado el cachorrito.

Nos habíamos terminado el segundo botellín. El parloteo de fondo se había transformado en un runrún de blablablás con apenas alguna disonancia ocasional. Le pedí que me enseñara el cachorrito, si tenía alguna foto. Él dejó la botella en el suelo y se me quedó mirando un momento.

—Olvida lo del cachorrito —dijo.

Cogimos la District Line de vuelta a Putney. El sol menguante se consumía lentamente tras los tejados de chimeneas mientras recorríamos las calles tranquilas que iban de la estación a su casa. Leyendo antes de acostarnos, me fue echando sonrisas de refilón por encima del Kindle. Luego, cuando ya dormía, estuve mirando cómo se le hinchaba y se le hundía el pecho. Escuchando sus ocasionales ronquidos sibilantes. Se sacudió las sábanas de encima y se tumbó de espaldas en una pose de querubín: el pie izquierdo junto a la rodilla derecha, el brazo derecho rodeando la cabeza, los dedos desplegados suavemente sobre la almohada. La polla rosada pegada al muslo. La gravedad le alisaba la frente y las mejillas, y pude ver la cara mohína, de niño, de su permiso de conducir.

¿Prefería esto a dormir sola?

Las vidas de mis vecinos estaban enmarañadas con las de sus parejas. Se habían desgajado de sus padres para adherirse uno a otro, compartiendo facturas, comida, alquiler. No creía que pudieran separarse fácilmente. Nosotros no teníamos esas obligaciones. Pero, aun así, íbamos a museos, al teatro, dábamos fiestas, viajábamos, cocinábamos, los dos juntos. Decíamos *nosotros*. Parecía un aspecto necesario de la vida, como el trabajo. O el ejercicio.

—Es una cuestión de principios —me había dicho Rach ese día—. A la mierda el sexismo, ¡sácale partido!

Rach insistía en que el lío que tenía con uno de los jefes del departamento global de la empresa era, en efecto, prerrogativa suya: una forma de apropiarse y subvertir el relato del acoso laboral. Empezaban a ir en serio. A pasar de la praxis formal a algo que parecía una emoción prosaica y genuina. Vivir juntos. Era al mismo tiempo más sencillo y más complejo que mi propia relación.

Nos sentamos en nuestra mesa de costumbre en la cafetería del altillo, sobre el vestíbulo. Las uñas de Rach, pintadas de un impecable rosa melocotón, como siempre, tamborilearon en el latte con leche de almendras. Habíamos pasado de compañeras de trabajo a amigas en el último año, al tiempo que su padre se recuperaba de un cáncer y su madre moría de otro. Era una feminista de las de *Vayamos adelante*, nacida en los Home Counties, fan de Kate Middleton y denta asidua de Jaeger, que organizaba recogidas de fondos por el bienestar de los animales los fines de semana y compraba pendientes hechos a mano en Etsy. Una vez me llamó bañada en lágrimas

desde una boutique de Hermès. Es todo precioso, sollozaba entrecortadamente mientras le metían los pañuelos de cuello en la bolsa.

—El victimismo es opcional —dijo. Mitad opinión, mitad mantra.

Defendía la mejora constante: evolución, aprendizaje, crecimiento, romper todos los techos a cualquier precio. Según ella, cada día caía una nueva víctima. ¿No se acababan de cargar a mi director ejecutivo por ir follándose a esa becada del departamento legal? Negó con la cabeza ante una muestra tan insensata y absurda de hbris. Así se desarrollaban invariablemente nuestras conversaciones.

Sin embargo, Rach comprendía —disfrutaba, incluso— el carácter despiadado del lugar. De modo que, en las pausas del café, en las copas, en los *brunches*, esas conversaciones prosiguieron. Éramos íntimas, éramos amigas. Lo afirmábamos con una sinceridad posposmoderna: mejores amigas. Hacíamos listas, revisábamos nuestros planes quinquenales y ejercitábamos los estómagos revestidos de teflón que eran necesarios para ejecutarlos. Había ahí un aspecto fundamental de mí misma: directo, sin explicaciones. La horrible maquinaria que rechina debajo de todo logro. Solo con Rach admitía yo esa faceta.

quién crees tú que ascenderán? Para sustituirlo.

Se recostó en la silla para meditar su propia pregunta. Luego me lanzó algunos nombres, sopesando con una risita las posibilidades de Lou.

—O igual tiran por una mujer—dijo, desplegando una mano y luego la otra, palmas arriba—. Una mujer perjudicada, una mujer recompensada: ¡a mí me parece justo!

Se echó a reír, frotándose las manos. A pesar del cinismo, sabía que aquello la carcomía. Unas semanas atrás, en el gimnasio, antes del trabajo, la había visto corriendo en la cinta a mi lado, muy rápido. Demasiado. Resollaba, machacaba la cinta con los pies enfundados en New Balance, los codos en ángulo se le balanceaban desbocados, a la carrera. Y de pronto ya no. Dio un salto brusco y aterrizó en los salientes de plástico a ambos lados de la cinta disparada, y el torso se le desplomó sobre el panel de control. Más tarde, nos reencontramos como siempre a la puerta de los vestuarios. Ya recompuesta, con el pelo, todavía húmedo, de un rubio más oscuro. Subimos la escalera del altillo para tomar nuestra dosis de cafeína: nuestros cuerpos todavía revolucionados por la actividad.

¿Qué empujaba a Rach a querer hacer carrera en esta profesión? Yo sabía qué me empujaba a mí. Los bancos: comprendía lo que eran. Máquinas implacables y eficientes de hacer dinero, con la movilidad social como efecto secundario. En serio, ¿qué otro sector me habría ofrecido las mismas oportunidades? A diferencia de mi novio, yo no tenía ni los contactos ni el dinero necesarios para aventurarme en política. El sector financiero era el único camino de ascenso viable. Había cambiado mi vida por un pedacito de comodidad de clase media. Por un futuro. Mis padres y mis abuelos no habían tenido estas oportunidades: sentía que no me podía permitir desperdiciar las mías. Aun así, no me parecía correcto propagar esas mismas creencias entre una nueva generación de niñas. Era una forma de camuflar la falta de progreso: daba a sus aspiraciones una forma sumisa y uniforme, y las convertía a ellas mismas en trabajadoras agradecidas y diligentes que comprendían su papel en la sociedad. Que conocían los límites de todo ascenso.

Yo habría preferido contar otra cosa. Otra mejor. Pero, desde luego, sin la legitimidad de un cargo ostentoso en una empresa de primera fila no tendría ninguna plataforma desde la que decir nada. Todo el valor que puedan tener mis palabras en este país se deriva de mi relación con sus

instituciones: las universidades, los bancos, el gobierno. Lo único que puedo hacer es repetir sus palabras y esperar que transmitan alguna clase de verdad. Tal vez sea un argumento muy pobre para justificar mi complicidad, la forma en que contribuía a convencer a esas chicas de que, también ellas, debían aguantar. El silencio, sin duda, era la opción menos dañina.

Rach había cambiado de tema.

—Este fin de semana es un gran paso —me dijo.

Un paso importante, emocionante. Un paso que resumió en emojis de anillos de diamantes. Yo no estaba segura de estar preparada ni para ese paso ni para ningún otro. Sabía que eran los pasos que debía desear, los pasos correctos a los que aspirar. Pero estaba harta de aspirar, de aguantar. De ascender.

Sus padres me toleraban. Como harían unos buenos padres socialmente progresistas. Se mostraban pacientes con su hijo en materia de relaciones. Imaginaban, yo imaginaba, que esto era una fase. ¿Por qué alargarla con refuerzo negativo? Así que la aceptaron. La acogieron, y me acogieron a mí, con los brazos abiertos. De hecho, insistían, me dijo mi novio más de una vez, insistían en que acompañara a la familia en su celebración de aniversario.

Ya nos habíamos visto otras veces, claro. Pero nada como lo de este fin de semana. Habíamos quedado siempre en Londres, los cuatro, en la mesa de algún restaurante. Con un horizonte temporal de dos o tres horas juntos. La charla ligera, entretenida. La verdad es que sabían cómo entretener. Cómo hablar, cómo preguntar, cómo conversar. Conseguián que pareciera una ocasión especial. Sobre todo el padre, que manejaba las palabras con destreza y precisión, como si fuesen un instrumento físico. Un escalpelo, tal vez, o una pluma.

Meses atrás, sentados en torno a una mesa a media luz, en un restaurante sin ventanas junto a una galería de arte, el padre hablaba por entre los labios rojos de vino (escogido tras un debate vigoroso, exhaustivo, y aparentemente muy bien recibido, con el *sommelier*). Alzó la pluma y me arrastró a su mundo. En la página de esa noche, yo formaba parte de él, tenía mi lugar. Sin embargo, era una intimidad distante. Sincera, pero sin permanencia o consecuencias más allá de esa interacción particular. Me hacía variaciones de las mismas preguntas cada vez. Con el mismo interés complaciente que brindaba al personal del restaurante.

La ambivalencia de la madre era más convencional. Una vez me presentó con el enrevesado epíteto «la más reciente amiga de nuestro hijo pequeño», seguido de una sonrisa de complicidad a la conocida que había preguntado por mí. Sentí que podía verlo con sus ojos: el amor a su hijo, sí. Pero también la familia de la que provenía y la familia con la que se había emparentado al casarse. Futuros, niños y pureza: no en un sentido racial, ni de mal gusto, no. Por supuesto que no. Era una pureza de linaje, de historia: unas convenciones y sensibilidades culturales compartidas. La preservación de un modo de vida, de una clase, de las necesarias altas esferas de la sociedad. El estancamiento madurativo de su hijo (y ¿qué era esa relación, si no un disparate infantiloides?) no debía arruinar el buen nombre de la familia.

No me sorprendió descubrir que los títulos y el patrimonio heredado venían todos del lado del padre. Bajo la hostilidad de la madre había una inseguridad con la que yo casi me identificaba.

Por la mañana, contemplé a su hijo, sentado al borde de la cama y presionando un blíster para sacar una píldora endulzada. Se quedó mirando aquella mota blanca en la palma de la mano y, al

final —con una determinación superflua, teatralizada— echó la cabeza atrás y se llevó la mano a la boca hasta que la hubo tragado entera. «Citalopram, 5 mg. Una dosis diaria o según prescripción médica.» Se inclinó de nuevo adelante, arrebolado, soltó el blíster sobre la cama. Dio un trago de agua del vaso de su mesilla de noche. Luego me miró, expectante, como si se acabase de terminar todo el brócoli del plato. Yo estaba al otro lado de la habitación, recogíendome el pelo con horquillas. La escena era perfecta. Las franjas de sol se colaban por las ventanas de guillotina. Su cuarto era luminoso y diáfano, y él estaba sentado en un borde del marco, con una maleta rechoncha a los pies. Solté una risita y él me respondió con una sonrisa, indeciso. Me acerqué, le sostuve la barbilla en el hueco de la mano izquierda y le peiné atrás el suave nacimiento del pelo con la derecha. Era hora de irse.

Metió la maleta en el maletero de su coche. El sol frío de la mañana nos iluminaba implacable, y el ambiente olía a húmedo. Pero a él se lo veía henchido, reanimado. El aire libre le había infundido la promesa de un trayecto en coche por el campo: su familia, su casa, todo aguardándole. Antes de marcharme, me cogió de la cintura y agachó la cabeza para darme un beso.

—¿Seguro que no puedo raptarte? —dijo, con ojos sonrientes.

Una parte de mí quería meterse en ese coche con él y largarse. Para ahorrarme el día triste y tenso que tenía por delante. El calendario lleno de reuniones imbéciles, precipicios de cristal, mentiras a las niñas. Pero ser irreflexiva, actuar por impulso, vivir como él... No. Aunque había empezado a identificar sus confines, seguía atada a la vida que llevaba. No me podía parar. Con gesto delicado, suave, le aparté los brazos. A los costados.

Nos veríamos por la noche.

REUNIÓN ESTRATÉGICA

En la reunión, revisamos las cifras más recientes, las tendencias generales, los factores clave de esas tendencias o, tal vez, los pasos a seguir para determinar los factores clave de esas tendencias. Yo estoy sentada con el tobillo izquierdo apoyado en el derecho, las rodillas juntas, los hombros atrás, los brazos sobre la mesa, las manos relajadas. Preparada. Cuando hablo, voy al grano, con ritmo medido y tono sereno. Con los datos en la mano. Con diapositivas.

A primera hora de la tarde hacemos un descanso. Los hombres se ponen de pie, se estiran, se pasean por la sala. El aire está cargado de sudor, de charlas y sándwiches. Un hombre señala la cafetera *espresso*, dice que no sabe cómo funciona: qué botón pulsar, dónde meter la cápsula. ¿Cuándo vuelve la recepcionista? Los demás coinciden, ellos tampoco lo saben. Me preguntan a mí, tal vez yo sí lo sepa.

Bueno.

Les preparo los cafés. Con espuma de leche por encima, si prefieren. Los hombres, aliviados, dicen oh, gracias.

Gracias.

Al terminar, espero a Merrick en el despacho. Está separado del resto de la oficina por paneles de cristal. Este lugar es todo cristal. El cristal separa y divide sin transparencia. Aun así, Lou consigue ver. Ve como la asistente me para de camino a mi mesa. Ve por encima de los monitores como cruzo la sala y me meto en el antiguo despacho del antiguo director ejecutivo. Y me ve ahora, estirando el cuello con entrometimiento descarado. Coloco mis cosas —libreta, bolígrafo, carpeta— sobre la mesa y me siento.

Que mire.

Pero ahí está. *Miedo*. Cada día es una oportunidad de cagarla. Cada decisión, cada reunión, cada informe. El éxito no existe, solo la elusión provisional del fracaso. *Miedo*. Del zumbido y la musiquita de la alarma hasta que consigo volver a dormirme. *Miedo*. Un peso frío en el estómago que trepa enroscado al esófago y me agarra por la garganta. *Miedo*. Tumbada en el sofá o en la cama o tirada boca arriba en el suelo. *Miedo*. Repaso el día entero, lo interrogo en busca de errores o deslices o... lo que sea. *Miedo, miedo, miedo, miedo*. Cualquier cosa podría ser la cosa que lo manda todo a la mierda. Lo sé. Esa verdad resuena en mi pecho, el golpeteo de una línea de bajo. *Miedo, miedo, me ahoga. Miedo*.

No recuerdo no sentir esto.

—Ah, ya estás ahí. Perfecto.

La cara de Merrick se ve enorme, irradia una cordialidad y una falsedad efusivamente estadounidenses. La pantalla de videoconferencia se reenfoca, y luego amplía el cuadro y muestra a una mujer sentada a su lado.

—Perfecto —vuelve a decir Merrick.

La mujer no sonríe.

Sé quién es. Mis colegas la llaman *esa* mujer. Dicen que saben cómo consiguió *ese* trabajo esa mujer. Y cosas peores, también. Es uno de sus temas recurrentes y favoritos. Esta mujer de éxito. Esta mujer acuciada, asediada. Pateada y ridiculizada. El caso es que ahora apoya a otras mujeres. Da charlas regularmente en el circuito de eventos femeninos. Tiene catorce protegidas, al parecer. Y aquí está, con Merrick. La espalda recostada, los brazos cruzados, mirándome impasible desde arriba.

Bueno, joder. ¿No soy una mujer, acaso?

Merrick todavía no ha empezado. No se está quieto, y no deja de decir oh ehm sí vale. Coloca las palmas planas sobre la mesa y dice vale, y luego echa la espalda atrás y se recoloca las gafas. Ehm, sí. Mira a la mujer y luego a mí.

—Acabamos de cerrar un episodio desagradable —dice al fin—. Nos gustaría dejar todo eso atrás y seguir adelante. Tomar un rumbo nuevo.

Hace un tímido amago de sonrisa.

La mujer lo resume en pocas palabras: ahora quieren *diversidad*.

Merrick asiente con una seriedad ridícula.

—Sí —dice—. ¡Eso es! Exacto.

Tamborilea sobre la mesa. Y por eso está hablando conmigo ahora, dice. Lou ya está a bordo.

Y continúan:

Liderazgo conjunto, dice Merrick.

Una gran oportunidad, dice la mujer.

Soy muy afortunada, coinciden ambos.

La sala, esas hileras apretujadas de hombres con traje, funciona con traqueteante autonomía. Incluso después de semanas sin que llegue ninguna *dirección estratégica* desde este cubículo de cristal. Los hombres ríen, respiran, hablan de dos en dos o de tres en tres, reunidos en torno a una pantalla. O de pie, sacando pecho, señalando. De vez en cuando se oye a alguna mujer. Varios se encorvan, amorrados a las bandejas de plástico de una cena temprana o un almuerzo tardío. Desprenden un tufo particular. Tantos hombres hablando, sudando, eructando, tosiendo y existiendo, apiñados manga con manga. Caras secas, curtidas: mejillas fofas, colgonas; frentes relucientes de grasa. Pescuezos desparramándose de cuellos todavía sin abotonar. Todos los tonos de rosa, beige, canela. Dedos aporreando los teclados y puños rollizos sujetando receptores de teléfono. O con el manos libres, hablando y haciéndole gestos a un fino auricular mientras lanzan y atrapan en el aire una pelota o un bolígrafo.

¿Es este... el punto culminante de mi carrera?

¿De mi vida?

Lou se levanta, saluda. Se acerca, sonriente.

¡LOU!

Yo me crié pobre como una rata, sabes. Sin un puto duro, en una chabola, básicamente, en Bedford. Así que lo entiendo. Ya pillo el rollo. Todo esto... a mí me parece tan extraño como a ti. En serio. Y lo respeto, el plan que llevas. El ímpetu. De verdad. Así que, mira, he aceptado compartir el ascenso, desde luego. Te lo mereces, tanto como yo. ¿Vale? Vale. No dejes que nadie te diga lo contrario. Joder, estoy emocionado. Por esto, por nosotros, ¡el *dream team*! Bueno, ya está. Solo quería decírtelo. En fin. Los chicos van a bajar a tomar una rápida para celebrarlo.

¿Te vienes?

De vuelta a mi mesa, saboreo ese raro momento de silencio. Con Lou y los demás fuera celebrándolo, siento aquí una calma desconocida. Curiosamente, reparo de nuevo en la fisicidad de mi espacio de trabajo. Yo tengo la ventana de la esquina. Lou se sienta enfrente: una mampara de tres palmos de alto forrada de fieltro es lo único que nos separa durante los miles de horas que pasamos aquí juntos. Los diversos equipos que dirigiremos entre los dos a partir de ahora ocupan las hileras de monitores y las máquinas que zumban levemente a mi alrededor.

Este éxito, este logro: todo por lo que he luchado. En mis manos. Tengo los dedos aferrados a una viga del techo proverbial. Tengo una silla de despacho ergonómica de dos mil dólares y unos auriculares bluetooth que parpadean, satisfechos, desde el cubo brillante del cargador. Dos monitores de treinta y dos pulgadas que transmiten rojo y verde con una intensidad imponente. Y una pila de tarjetas de visita: cada una con mi nombre y mi cargo corporativo —hará falta una nueva remesa— impresos en papel grueso junto al logo del banco en relieve.

Todo.

Lo tengo todo.

En el paisaje que me rodea, el cielo se funde: los rojos y naranjas se tornan azul oscuro y noche. Miro a través de los ventanales con filtro antiUV los colores sin duda distorsionados por el cristal; más allá de los rascacielos, hacia el horizonte difuminado de un gris verdoso. Tengo los dedos dormidos, pero la cara me arde, me pica. Cierro la sesión de mi terminal, meto las cosas en el bolso y me encamino a los ascensores.

AQUÍ ESTOY, EN LA ESTACIÓN, DEBERÍA

Los tableros de salidas informan con parsimonia. Primera tanda, segunda tanda, y vuelta a empezar. Encuentro mi tren. Un número de vía relumbra borroso desde un puñado de puntos anaranjados.

Así que aquí estoy, en la estación. Debería ir a buscar mi andén y subirme al vagón. Son cuarenta minutos de viaje. Él me estará esperando al otro lado. Aparcado frente a la estación con su Mini, listo para llevarme en coche el resto del trayecto.

No tengo la sensación de salir de viaje. Aquí estoy: ni bolsas pesadas ni zapatos cómodos. Sigo vestida de trabajo, he venido directa de la oficina. Las punteras de piel de mis botines lanzan destellos que asoman de los bajos de mis pantalones impecablemente planchados.

Habría sido mejor salir mañana por la mañana.

Pero ahora ya estoy aquí. Debería moverme, al menos. Estoy justo en medio, aquí plantada. Me empujan las corrientes de gente apresurada, de gente rezagada, de gente organizada en familias, arracimada como patitos. Estoy en mitad del paso. Así que venga. Levanta el pie izquierdo y llévalo adelante, impúlsate. No frenes, no pares. No pienses. Sigue dándole.

Ve y sube al tren.

Pero aquí sigo,
todavía quieta,
todavía
en la estación.
De verdad que debería

**21.04 LONDON PADDINGTON [PAD] DESTINO:
NEWBURY [NBY]**

Cuando para el carrito de las bebidas, compro otra minibotellita de vino tinto indeterminado. El tren se aleja volando. De Londres, de la oficina. Campos y árboles, arbustos, cruzando en paralaje por la ventana mugrienta.

No tengo claro lo de este fin de semana. Pintaba bien, incluso agradable, cuando lo propusieron. A meses vista, abstracto.

Pero ahora ya está aquí, y yo estoy aquí también. Y este tren —realísimo, concretísimo y a toda velocidad— está tirando del uno hacia el otro.

Cierra los ojos.

En mi recuerdo los hospitales son espacios enormes, confusos, sucios. Hileras de lechos de enfermos, separadas por nada más que cortinas finas de riel y una farsa de intimidad. Un lavamanos compartido, miserablemente enano, bajo una ventana sombría que daba al pasillo del pabellón. Tríos de sillas de plástico atornilladas entre sí. Las horas de visita al final de la tarde; verla a ella ahí, tumbada no del todo cómodamente. Goteros, botones y tubos. Sobre la mesilla, una tarrina de uvas con un paño de cocina en el fondo. El olor a desinfectante no convencía, no eliminaba.

Pero ahora, para mí, hay habitaciones privadas. Flores recién cortadas y café *espresso*.

Serio, la doctora recalca la palabra. Dice que me tengo que tomar esto en serio.

Lleva una blusa color caramelo. Una blusa de raso. El raso sale disparado al frente y luego se hunde en picado, hasta la cinturilla de los pantalones. Se me va el ojo a las protuberancias y contornos de un ribete de encaje, a la M en cursiva que corona su pecho.

—¿Me estás escuchando? —dice.

Una luz densa llena su pequeña consulta. Nos tiene a las dos suspendidas, como insectos fosilizados en ámbar. Tiende una mano hacia mí, luego se detiene. Las mías están colocadas una encima de otra, sobre la falda.

Niego con la cabeza, intento sonreír.

—Perdón —digo—. Sí, escucho.

No estoy segura de por qué hago nada, a veces. ¿Por qué inhalo? ¿Por qué me disculpo? O digo que estoy bien, gracias, ¿y tú? ¿Por qué me mantengo alejada del borde del andén?

No son preguntas inteligentes ni sofisticadas. Pero, aun así, a veces, no las sé responder. No logro recordar la respuesta correcta.

Un día, mientras esperaba el metro de la Central Line en Liverpool Street, vi como a un hombre se le escurría la Blackberry de las manos, y se le caía, cómicamente, a las vías. Se quedó parado un momento. En blanco. Como un crío justo antes del berrinche. Y luego la erupción: un chorro ardiente de blasfemias. La cara roja. La solapa de la cartera iba dando coletazos y la chaqueta del traje ondeaba mientras él agitaba los brazos sin parar como un pájaro incapaz de volar. Echó un vistazo por el borde del andén. Inclinandose, mirando, hacia las vías.

¿Planteándose bajar? Joder, volvió a decir. Y luego se pasó las manos por el pelo y se marchó.

Siento. Claro que sí.

Tengo emociones.

Pero intento tomarme los acontecimientos como si le sucediesen a otra persona. A otra entidad. Está la que piensa, racionaliza: yo. Y la que hace, experimenta: ella. La miro con cariño. De lejos. Para protegerme, me distancio.

¿Envío certificado? Sí: son siete libras más; por favor. Muy bien, dijo el empleado desde el otro lado del mostrador de la Snappy Snaps. Cogió un impreso y lo sujetó entre los labios mientras metía mi pasaporte en un sobrecito de plástico y lo precintaba. Luego lanzó una mirada al sobre precintado y renegó. El impreso olvidado cayó en paracaídas de su boca, meciéndose a un lado y otro, hasta sus pies. Como animado por esa pequeña ráfaga de irritación. El empleado abrió el sobre con un movimiento exagerado a dos manos que tensó el plástico fino y gris hasta rasgarlo. Asomó un destello granate; chocó contra la mesa con un lánguido palmetazo.

Amor. Es un sorbo de Coca-Cola, no del todo agradable; pica en la lengua, pero burbujea deliciosamente de la lata a la boca y se atenúa en la garganta. Estaba hablando, ligeramente a coro, desde los televisores repartidos por todo el perímetro de la oficina. Vestida con un traje rojo que la sobreexposición volvía rosa coño, sus labios rojos sobredimensionaron su papel en la historia de las mujeres. Lo volvieron a poner: El amor por mi país. La cara se le engurruñó como una lata aplastada sobre ese *amor*. Giró sobre sus talones, rapidísima. Yo quería volver a escucharlo; pero ella estaba ya de espaldas al atril, caminando hacia la puerta negra; *¡amor*, otra vez! Y la puerta se abrió y la engulló. Corten, volvemos al estudio.

Te quiero, dijo, con voz tímida, aquella primera vez. Después de cuatro pintas de negación plausible. Ahora lo dice con una brusquedad pragmática, cotidiana. ¡Te quiero! Cuando me marchó a trabajar. ¡Te quiero! Antes de colgar. Y a veces también, en broma, *Je t'aime!*

Yo también lo decía, por supuesto. ¿Igual no era más que eso? El decirlo, y luego el escenificarlo.

El tiempo no estructurado se me hace raro. Demasiado espacio para pensar. No sé dónde meterme. Llevo el móvil, podría ponerme al día con los emails. Siempre hay más emails. Merrick seguramente esté en pleno bombardeo ahora mismo. Pero la cobertura en el tren falla mucho.

Así que mejor bebo vino.

Cuando me compré el piso, la notaría dijo que debía hacer testamento. Tras firmar el contrato de arras, un colega suyo de Planificación Sucesoria hojeó mi archivo: declaraciones de activos, cuentas, pólizas de seguros (hogar, salud, vida). Comunicación de voluntades. Mi valor neto, o como mínimo un testimonio de él. desplegado sobre su mesa.

—Vaya —dijo, recostando la espalda—. Eres una chica lista, ¿eh?

Supongo que entiendo su perplejidad. ¿Por qué iba a esperar que tuviese un fajo tan bien

presentado de impresos y fotocopias?

Cuando se pone bromista, mi novio me dice que tengo un montón de dinero. Mucho más que él. Dice que soy el uno por ciento.

Bueno, el dinero es una cosa. Él tiene riqueza. Invertida en activos de holdings y fondos de inversión con complejos acuerdos de titularidad. Cosas que finge negarse a comprender. Acumulada a lo largo de generaciones. ¿Qué diferencia hay?, me pregunta. Le respondo: uno de los dos sale a trabajar todas las mañanas a las seis. El otro se queda leyendo los periódicos en la cafetería de la esquina.

Este abogado, mi abogado, ahora, le pidió a un colega, una especie de analista, que generara una proyección de flujo de caja para planificar mi herencia: ingresos y rendimientos futuros, ajustados a diversos escenarios hipotéticos. Es un servicio adicional, incluido en el servicio de planificación sucesoria, que pretende ser una muestra de aún otro servicio muy idóneo, me explica el abogado, para una joven con una trayectoria financiera como la mía.

—Planificación patrimonial —dice sonriendo.

Mi abuelo trajo el taladro. Yo había comprado un par de gafas de seguridad. Se echó a reír cuando le pasé unas. Nos hicimos una foto, los dos sonriendo y cubiertos de polvo. Con mis estanterías nuevas flotando detrás. Me aconsejó respecto de otros problemas en el piso. Esa planta que tenía tan mustia: me dijo que cortara enseguida las palmas secas. Meses después, está verde y sana.

Un frufrrú. La doctora se inclina y me habla en voz baja. Dice que soy fuerte. Que soy una luchadora. Que salta a la vista. Que no puedo simplemente no hacer nada, que eso... eso es un suicidio. Me dice que sea responsable. Que piense en mi familia. Que debo tomar una decisión.

Nada es una decisión.

Pero no confío en poder decir lo que quiero decir, así que lo único que digo es que me marchó. Es hora de volver al trabajo. Busco mis cosas, tengo que irme.

Nada es una decisión.

Y la muerte no es una operación nula. Tiene efectos colaterales. Pienso en los flujos de caja: en el escenario hipotético de una muerte inmediata. Es la barra más alta del gráfico, un tajo al dinero de los años por venir. Una tasación actual de mi persona.

No será bonito —me advierte ahora—, esto no es poesía. No será lo que imagino. Ah, y yo ya lo sé. lo sé, pero: ¿qué más me da a mí la belleza?

Nada es una *decisión*.

Y es la mía. Cojo mi bolso, me pongo de pie y doy media vuelta. Descuelgo el abrigo de la puerta. Ella se levanta también. La cara en una expresión arrugada de preocupación y desacuerdo.

—Escucha —dice.

El tren arranca de nuevo con una sacudida y yo me llevo la mano al pecho. Sin incisiones, sin tener que entregar *una libra de carne*: solo una aguja, un pinchazo. Nada más. Y luego, la llamada de teléfono educadamente evasiva, la visita de seguimiento lo antes posible. Ahora hablan de una operación, semanas de convalecencia. Terapia adyuvante después de, tal vez.

radioterapia, o quimioterapia, incluso. *Una decisión.* Un trastorno incalculable en mi carrera.

El ascenso.

Las instrucciones: escucha, no hables, haz esto, no hagas lo otro. ¿Cuándo se acaba? ¿Y adonde me ha conducido a mí? A más y más de lo mismo. Soy todo aquello en lo que me mandaron convertirme. Y no basta. Toca ahora una destrucción física a la altura de la mental. Diseccionar, envenenar, destruir esa nueva parte maligna de mí. Pero siempre habrá otra cosa: una nueva exigencia. una nueva crítica. Este perpetuo acatar, alcanzar, superar: ¿para qué?

No sé contra qué empresa, en concreto, iban dirigidas las protestas. Yo estaba recién licenciada, por aquel entonces, con mis camisas rígidas de Primark y mis pantalones suaves de Marks & Spencer. Emocionada, aterrada, ansiosa por trabajar. Los guardias de seguridad habían acordonado la entrada del edificio con vallas metálicas. Me abrí camino entre la multitud; una masa de sandalias, rastas rubias y olor corporal. Sus pancartas y sus voces abucheaban desde todas direcciones. Yo, con los brazos cruzados. agaché la cabeza y apreté el paso, concentrada en el suelo delante de mí. Algunos gritaron cuando mostré la acreditación. Los de seguridad retiraron la barrera para dejarme entrar.

No apartaron los ojos. Me siguieron con la mirada mientras cruzaba la línea y desaparecía tras las puertas giratorias.

Vamos a suponer: Un niño se cría en una mansión en el campo. Va a un instituto privado. Pasa los fines de semana en el granero con su padre. Juntos construyen un reloj de sol enorme, de piedra. El niño, ahora un joven, saca dos aprobados raspados en los exámenes de selectividad, y se marcha a Jamaica a *dar clase*. Las sombras de su sol dan una vuelta y otra, y él mismo sube girando y girando. Hasta que el niño, ahora un anciano, termina ahí mismo en la cúspide del sistema político. Aupado por una riqueza que nunca se ha tenido que ganar, por la que nunca ha tenido que esforzarse. Jamás ha tenido que bajar al barro. Y desde esa atalaya, señala con el dedo: un dedo viejo, la piel traslúcida, el brazo extendido y tembloroso. Y te señala a ti: El problema.

Siempre el problema.

El otro día, un hombre me llamó puta n*****a. Un pordiosero, en Aldgate, una mole, se me echó encima y me acorraló: entre él y el hueco altísimo de las vías. Se inclinó, amorrado a mi cara, y escupió esas palabras. Luego, riéndose, se marchó sin más.

No debo nada.

Yo pago mis impuestos, todos los años. Todo el dinero gastado en mí: educación, atención médica, ¿qué más, carreteras? Todo lo he devuelto. Con creces. Ahora es todo beneficio. Soy lo que he sido siempre para el imperio: puro y puto beneficio. Un recurso natural que explotar y explotar, denigrar y explotar. No le debo nada a ese niño. Ni a ese hombre. Ni a los manifestantes, ni al imperio, ni a la madre patria: nada de nada. No les debo mis próximos cuarenta años. No les debo mi próximo puto minuto. ¿Qué más quieren? Hasta aquí, se acabó.

No puedo más.

En octubre no hay tiempo para otra cosa que mantequilla de cacahuete, semáforos y *esclavos*

liberados. Es desconcertante, no hay manera de formarse una identidad. Vivir en un sitio del que están siempre diciéndote que te marches, sin saber, sin conocer. Sin historia.

Al terminar la guerra, el imperio en ruinas mandó llamar de nuevo a sus súbditos coloniales. Pero no a soldados, esta vez, sino a enfermeras que cargasen a sus espaldas con un precario Servicio Nacional de Salud. El mismísimo Enoch Powell fue en barco hasta Barbados y nos suplicó: venid. De modo que vinimos y construimos y reparamos y atendimos; cocinamos y limpiamos. Pagamos impuestos, pagamos un alquiler exorbitante a los pocos caseros que nos aceptaban. Y recibimos odio. El Frente Nacional perseguía, quemaba, apuñalaba, erradicaba. Churchill creó fuerzas especiales para echarnos. *Poruña Inglaterra blanca*. Enoch, el intrépido reclutador, alertaba ahora de ríos de sangre si no nos marchábamos. Se redactaron leyes nuevas: se revocaron nuestros derechos.

Aun así, algunos sobrevivieron. Y consiguieron de algún modo, con sus míseros sueldos, ahorrar un poco. Lo suficiente, con el tiempo, para llevar a esposa, marido e hijo de un cuarto alquilado en una casa que compartían cinco familias a un adosado de dos habitaciones para ellos solos. Ahora eran propietarios. Y se asentó entonces una ética, una mentalidad, un impulso que persiste todavía hoy. Un afán incesante, implacable.

Trascendió su propia raza, dicen de una persona negra excepcional cuando se muere. Como si esa superación incesante, llevada al límite, cuando el tiempo se extiende hasta el infinito, superara en sí los límites mismos, el infinito mismo, este mismo lugar.

Yo solo conozco Jamaica por las historias. Tías y tíos de visita, primos: familia. Mientras desenvuelven pedazos de frutipán, mangos Julie, pastel de frutas; una pera consistente y mantecosa cortada en rodajas, untada en rebanadas de pan de masa dura; historias de la familia, sentada en una terraza hasta que se hace de noche, todos juntos, contándose unos a otros otras historias. La promesa de una familia acogedora, cordial, cariñosa, siempre más y más lejos. Todos se vuelven.

Yo me quedo. Soy la prima inglesa.

Fui al colegio con un niño: no lo he visto desde sexto, pero recuerdo que sus padres lo mandaban a hacer los deberes de pie en una mesa del salón todas las tardes. En cuanto entraba por la puerta. Sin comer, ni beber, ni descansos para ir al baño. Ahí de pie y trabajando. Su madre se jactaba de ello a la salida del colegio. Un día me llegó a contar, como cuentan los niños a veces las cosas, que una noche se había meado encima ahí plantado. Y que su madre no lo dejó moverse. Con los pantalones mojados enfriándose y pegándosele a las piernas hasta que estuvieron terminados todos los deberes.

Le dieron una beca para estudiaren Haberdashers'Aske's. Su folleto, manoseadísimo. presumía de una tasa de admisión del *veinte por ciento* en Oxbridge.

Pero lo que necesitas para llegar hasta ahí no es lo que necesitas una vez que lo consigues. Difícil asumirlo, y más duro aún aplicarlo.

Yo entiendo lo que supone este fin de semana. Está descorriendo la cortina, invitándome a cruzar con él a las estancias del otro lado. No es una aceptación, todavía no. Es solo otro paso, un

paso que me acerca más. Tengo que saber sortearlo. A través de él, y de Rach. estudio este capital cultural. Descubro lo que debo hacer. Cómo debo vivir. Qué me debe gustar. Observo, imito. Hace falta práctica. Y entender lo que está fuera de mi alcance. Lo que no puedo conseguir.

Nacida aquí, padres nacidos aquí, siempre aquí y, sin embargo, nunca de aquí. Su cultura se convierte en parodia sobre mi cuerpo.

Voy apretada en el asiento, se me clava todo. He dejado el bolso arriba. El abrigo doblado sobre las piernas. Tengo calor y me dan escalofríos. Quiero salir de este tren, estar en mi casa, quitarme esta ropa rasposa y deslizarme entre sábanas de algodón frescas.

Solo quiero descansar. Parar. Solo un minuto.

Esta clase de pensamientos conducen a la destrucción. O, si no, a no hacer nada, que es una forma más lenta, más dolorosa de destruirse. Queda mucho por hacer. Y, sin embargo, hay tanto hecho, ya.

Sigo aquí, ¿no? Pronto tal vez se haya terminado. Igual puedo dejar de preocuparme. Dejar de intentarlo. No. no debo precipitarme, no puedo echar el cierre. Igual lleva años. Dependerá de la suerte. Es cuestión de oportunidad y previsión.

Mi preparación para los exámenes fue meticulosa. Lo ocupaba todo. De la mañana a la noche, cada hora contabilizada en mi propio calendario. En aquel entonces tenía una dedicación absoluta, que nunca he vuelto a recuperar. Sin distracciones, sin perder la concentración. Sin pensar en las nubes. Era una meditación. Y después de meses de ese estudio devoto, hice una vez más el camino de la estación al instituto, atravesé el cruce lleno de tráfico. Estaba lista.

Y lo vi todo: cuarenta años extendiéndose sin fin, pasando a toda velocidad por una calle adoquinada y reluciente. Barcos y champán, vuelos, vistas panorámicas, la sala de juntas, el parpadeo de las pantallas de *trading*: luces titilantes, el despacho del rincón, el rincón oscuro del club privado; campos verdes y vastos. Las nubes descargando como algodón empapado en agua; lana, de punta a punta del cielo. Un cielo azul, y frío. Ras. el limpiaparabrisas se desliza por el cristal seco y...

Una señora me está sacudiendo el brazo y chillando—gritando ¿PERO QUÉ HACES? Hay un coche, atravesado, que ocupa dos carriles, otros que tocan el claxon y peatones que se detienen a mirar. Está todo detenido, temporalmente, la mujer me ha hecho subir a la isleta. Sacudiéndome, todavía.

Bordé los exámenes.

¿Premonición o plan? Da igual, sigo corriendo.

Espero ansiosa a *cuando pasen cien años*.

Esto es la cima

y esto la subida, tú has hecho doblete, has seguido hacia arriba. No eufórica, como pensabas. Pero igual nunca es así, cuando estás metida en ello. No puede

durar, sin embargo, lo sabes. Así que vas apartando, ahorrando. ¡En *Inglaterra llueve todos los días*! Aquí estás, con tus cuentas y, ahora, con tu contable, y metes cosas en bonos, en

fondos: reduces el coste medio de adquisición. Y te vas preparando. Guardas dinero en cuentas, en un monedero, en una caja debajo de la cama. Oro: te lo empiezas a plantear. En serio, siempre se avecina alguna. Letras en relieve; en metal, en aluminio, ves vídeos de hombres vertiendo fuego en cubos, los restos calcinados, candentes. El dinero es solo fe, la realidad es percepción, así que ¿por qué no? Pon un poco ahí, un poco en todas partes. Pero ten cuidado, y ahorra

ves a los demás: Rach, Lou, ellos gastan. Ellos lo disfrutan. Pero ¿este pico actual en su nivel de vida es realmente un nuevo suelo? No lo sabes. Tú puedes capear una emergencia, poner a prueba tu resistencia, no te destruirá una minucia. Esperar. Solo cabe esperar. Esperar que sea suficiente para afrontar cualquier revés, hasta que la cosa dé un vuelco y puedas agarrarte, levantarte y seguir subiendo de nuevo.

El sobrecito asoma, marrón gubernamental, entre una pila de blanco. Lo abro y veo mi cara seria dos veces entre las páginas. Nombre, fecha de nacimiento, nacionalidad. Me horroriza el alivio que siento, y el tipo de alivio que siento: tan fino y sustancial como el papel en el que va impreso. Hemos constatado ahora, igual que entonces, la presteza de este gobierno y de su emprendedora ministra de Interior a la hora de destruir papel, nuestros registros y pruebas. ¿Qué es la nacionalidad cuando has visto furgonetas aullando *Vete a casa* desfilando despacio por tu calle? ¿Cuando has oído hablar de esos golpes, inesperados, siempre, aporreando la puerta? ¿Cuando *británico* queda reducido a un papel, desechado y pisoteado? La portada del pasaporte tiene un tacto suave y nuevo entre mis manos. Quitá, fuera. A la carpeta al fondo de todo del cajón de la cómoda.

Rach clasifica con eficiencia. *Mudanza, guardamuebles, donar*. La pila que hay a mi lado sobre la cama, *mudanza*, es la más grande. Los vestidos, la ropa de punto, las blusas. Los tejidos suaves hacen frufrú a medida que embala cada prenda. Aspiro el aroma cítrico y almizclado. Ya ha puesto a un lado los utensilios complementarios: cepillos especiales, peines, champús, espráis. De toda clase. Sus ropas exigen cuidados complejos, detallados en etiquetas cosidas.

Irse a vivir juntos; igual hasta podría venirle bien a su carrera, dice. La voz amortiguada e interrogativa desde el vestidor. ¿Más oportunidades de hacer contactos?

Aparece con tres vestidos —modelos coloridos, florales, estampados— colgando sobre los brazos como novias desmadejadas. Suelta un suspiro y los deja a mi lado. La gasa ondula, delicada y marina, con la brisa que entra por la ventana abierta.

—En fin, no podemos dejar nuestras vidas en pausa —dice—. Hay que vivir.

Las esposas y novias se sientan entre nosotros en formación chico—chica—chico. Dos están embarazadísimas, y sonrén parapetadas tras unas panzas grandes como pelotas de playa, sonrosadas y sudorosas bajo el sol de la tarde. Aquí, en torno a la mesa de jardín de madera reciclada de Lou, estoy tan fuera de lugar como en la oficina. Ni hombre, ni esposa. Sin clasificar. Pero mi novio está tan simpático como siempre. Sentado a mi lado, charlando y haciendo preguntas. Riendo con Lou y los demás. Encaja en cualquier parte. Y se me lleva con él. Es mi escalera entre las serpientes.

La semana siguiente, de vuelta en la oficina, el marido de una de las esposas embarazadas se me sienta delante. Su nombre no está en la lista. No hay nombre, no hay ascenso. Se sorbe la nariz. Con las mejillas hinchadas, los labios apretados y la nariz crispada, me evita

obstinadamente la mirada hasta que, al fin. dice:

Los negros y los latinos lo tenéis mucho más fácil.

Dice que por eso me han escogido a mí, por delante de tipos cualificados como él. Dice que no está en contra de la diversidad. Que solo quiere un trato justo, ¿vale?

—¿Vale? —dice otra vez.

¿Vale?

Yo me he quedado unas cuantas frases atrás. Pero vale, vale, vale.

Explícale el aire a alguien.

Convince a un escéptico. Demuestra que está ahí. Demuestra lo que no se puede ver.

Una brutalidad hecha de viento te corta un día tras otro: ¿cómo la justificas? ¿Tu experiencia? Carne rebanada. Tu esperanza. ¿Evaporación? No puedes atravesar su percepción de la realidad. *Respira*. De noche. Escapa sigilosamente de debajo: recuadro blanco sobre el pecho izquierdo. Se agarra, se propaga: el cuello, tenso y comprimido. Despierta: jadeante, la cara empapada. los brazos rígidos, el pecho (frío), no lo mires; los ojos al techo, las bombillas tienen un brillo inquietante. Está oscuro.

Si te ahogas, *quod erat demonstrandum*.

El director de Riesgos tiene una pinta algo ridícula, ahí sentado delante de mí. Lleva un polo y las gafas de sol apoyadas en el pelo revuelto. Sin los azules, grises y blancos impecablemente planchados de su vestuario de entre semana, es un hombre cualquiera de mediana edad. El cuerpo flácido, arrugándose ya. Rach está seria: remueve el mojito virgen con una pajita de papel reblandecido. El perro bebe agua a lengüetazos de un plato que hay debajo de la mesa. No sé cómo permite esto el restaurante.

La cosa ha ido más lejos de lo que pretendía Rach. Del flirteo a la aventura y al incómodo y furtivo solapamiento con la esposa: luego la separación, y ahora esta fusión tácita, tentativa, en una vida en común. Un perro en común. Un *brunch*.

Rach ha escogido. ¿Por qué no puedo yo?

Es la oportunidad, es mi momento. De detener este ascenso sin fin. De dejar a mi familia en mejor posición. Y todo lo demás atrás. De *transcender*.

¿Por qué no iba a hacerlo?

Y ¿por qué tengo que convencer a esa doctora, ni a nadie? He tomado mi propia decisión. ¡Quiero gritarla a los cuatro vientos! Es mi vida. Mi decisión. La he tomado yo. Yo elijo.

Miro mi abrigo: el lyocell mate tiene un tacto suave y caro en mis manos. Encaja. Es apropiado para entrar en este edificio tranquilo de esta calle arbolada con interés arquitectónico; para subir a la lujosa recepción y para entrar después en esta consulta invadida de sol. Para sentarme delante de esta doctora bien vestida. Me he ganado este abrigo, y a esta doctora, y esta vida, y ahora también esta decisión.

Ella sigue hablando. Explicando. Dice, dice, dice. dice...

No.

Mi voz es firme. Le digo que está decidido.

Sé la mejor. La más trabajadora, la más eficiente. Supera todas las expectativas Pero, además, sé invisible, imperceptible. No hagas sentir incómodo a nadie. No molestes. Existe solo en negativo, en el espacio alrededor. No quieras ser la protagonista Pasa desapercibida. Conviértete en el aire.

Abre los ojos.

Dos hermanas:

Una, cuatro años más pequeña, quiere hacer todo lo que hace la mayor. Usar los mismos cubiertos, llevar la misma ropa. Ir al mismo instituto, a la misma universidad. Y ahora, trabaja en una empresa de la misma calle. Las hermanas quedan para comer. La más joven va lanzada por el mismo camino, y la mayor no puede detenerla, no puede frenarla. No puede liberarla de ese afán incesante, demoledor.

Un zumbido. Ya está en la estación.

A punto de llegar, le respondo.

TRASCENDENCIA (fiesta en el jardín)

Gracias, dice en el silencio repentino del motor apagado. Baja la vista al volante. Estamos aparcados en el camino de gravilla. frente a la casa de sus padres. Más allá, al otro lado del jardín, el resplandor anaranjado de unas cuantas ventanas se recorta en la noche.

Dice que se alegra de que haya venido. Con la biopsia y todo eso. Calla y se vuelve hacia mí. Veo. en la penumbra, sinceridad en sus rasgos. Sus ojos son dos sombras oscuras.

—Es solo que me alegro de que estés bien —dice. Y luego se acerca y me besa la mejilla.

Fuera, silencio y una quietud opresiva. La verja de hierro forjado se ha deslizado atrás hasta encajar en una muela cerrada. Unas farolas en miniatura proyectan unos conos estrechos y amarillentos de luz, que iluminan el camino hasta la casa. Los padres nos reciben en la puerta. Helen y George —por el nombre de pila, como insisten me meten corriendo adentro. Un banco radiador sobresale de una de las paredes del amplio vestíbulo. Son todo sonrisas, cercanos y hospitalarios. La madre, Helen, acaricia el hombro de su hijo.

Me llevan hasta una salita acogedora con un fuego chisporroteante. Siéntate donde quieras, dicen, señalando con un gesto el despliegue de sillones y sofás. Y me siento en uno de dos plazas, floral y desgastado, junto a la chimenea. El padre abre un armario y busca, con dedos de araña, entre las hileras de vasos y copas. Su hijo escoge una butaca delante de mí, recuesta la espalda y cruza las piernas por los tobillos. Su cuerpo se despliega y se retuerce al tiempo que se abandona a un bostezo, con los puños cerrados tirando de los brazos arriba y a los lados, que culmina en un rugido lento y melancólico.

—Bueno —empieza a decir el padre mientras sirve las bebidas— Cuéntame cómo es que terminaste en las finanzas. ¿Por qué no estás ahí. poniendo patas arriba el Partido Laborista? —Guiña un ojo—: Instaurando un nuevo orden mundial.

—Ella es más de Blair —dice el hijo.

—Ajá. —El padre se vuelve otra vez hacia mí, intrigado, pero la madre lo interrumpe con un deje de reproche.

—¿Política, a estas horas? —Me sonrío.

El padre sigue sirviendo las bebidas.

—Vale, vale —dice, afable—. ¡Cambio de tema!

Deja la licorera en su sitio y se sienta enfrente de mí, junto a su esposa y su hijo, que ahora está repantigado en la butaca copa en mano. Tengo demasiado calor, tan cerca del titilar impecable de las llamas.

—¡Gas natural! —exclama el padre, sonriendo—. ¿Te habías dado cuenta? Ya lo sé, ya sé que es trampa.

Me habla de la chimenea, y de la engorrosa restauración de la repisa hace unos años. Su hijo va metiendo baza. Su madre también. Ellos hablan y yo observo. Si algo se me da bien es no decir nada. Escucho, reacciono, pregunto de vez en cuando. Pasan lista a los invitados de mañana, amigos de la familia: gente metida en política, sobre todo, pero también creadores, académicos. abogados y demás. Un elenco deslumbrante sin estridencias.

¿Qué hago yo aquí?

Llevo sintiendo esta horrible inevitabilidad desde que he subido al tren. Como si no pudiera echarme atrás. Pero estoy fascinada. también. He conocido antes a otros Georges. a muchos, bajo sus variadas guisas, los papeles que adoptan. He observado y examinado y concluido otras veces, pero ahora estoy aquí, viendo a uno en su casa. Con su esposa y su hijo. Yo no quiero formar parte de esto. Quiero agarrarlo, agarrar esto por la cara y abrirle la boca, hacer palanca en su mandíbula y meter la mano, dentro, al fondo. Tocar lo que hay en su interior.

El hijo pregunta por sus hermanas, ¿no vienen?

—Ellie ya está arriba —responde la madre—. Es un poco tarde.

Pero el padre tiene más preguntas. Animado, me mira fijamente a los ojos y me consulta mi opinión sobre todo. ¿*Love Island*? ¿Cambridge? ¿La ola de apuñalamientos, los BRICS. las inversiones de China en África?

Las preguntas, más que preguntas, parecen tratados elaboradísimos.

—... pero ¡no podemos permitir que campe a sus anchas! —Apura la bebida y deja la copa sobre la mesa con un tintineo—. ¿Verdad que no?

El hijo se recuesta con los ojos cerrados. Yo estoy incómoda, demasiado cansada para conversaciones tan socráticas.

—Bueno, y ¿qué me dices de...? Ah, sí. Esta es buena. Os va a encantar. ¿El hijo de los príncipes? ¿Meghan Markle? Eso sí que es progreso, modernización. Muy inspirador.

A su hijo también le había hecho ilusión la boda. Había montado una barbacoa, con banderines de la Union Jack; compró licores y refrescos y reunió a sus amigos. Siguieron la cobertura de la BBC con una sinceridad embelesada y satisfecha. Para él, y para ellos, parecía significar... algo. Me mira a los ojos desde su asiento frente a la chimenea.

Muy inspirador, concuerdo.

Cuando nos damos las buenas noches por fin, el hijo insiste en ofrecerme un recorrido improvisado por la casa camino de su cuarto. Es un guía entusiasta, abre las puertas girando los pomos de latón con una floritura. *Después de ti...* Va desgranando, mientras avanzamos, historias inverosímiles sobre la historia de la finca, o repasa con cariño los recuerdos de su infancia. Cómo jugaba a la sardina aquí, o cómo escondió un jarrón roto en aquel baúl. Los cuartos son lo que yo había imaginado: arquitectura que quería pasar por *shabby country chic*. Lo que más me impresiona son los pasillos: espaciosos —infinitos, se diría—, con molduras elaboradas allí donde las paredes terminan por dar paso al techo. Las moquetas estampadas están pisoteadísimas, pero se ven coloridas y cuidadas. Dispuestas a la perfección en esquinas, escaleras y umbrales. Se detiene unos pasos por delante, esperando para mostrarme orgulloso la biblioteca. Yo me demoro, me voy parando a examinar las obras de arte aquí y allá, como si estuviese en un museo. Es una colección ecléctica: hay reproducciones en alegres marcos (carteles de exposiciones, clásicos) y fotografías colgadas entre lienzos de aspecto importante, tensados, instalados y enmarcados como es debido. Además de unos cuantos más que doy por hecho que pintaron los propios hijos.

Dice que de pequeño la biblioteca era su cuarto favorito de la casa. Aunque reconoce que es más bien un despacho grande.

—¡Solo que con un montón de libros!

Algunos, señala, los escribió su padre. Otros, más antiguos, pertenecen a personajes o aspectos relacionados con la historia meticulosamente documentada de sus ancestros. Un par,

más modernos, hacen referencia a su padre, aunque solo sea de pasada. Otros son libros sin más.

—Mi padre se hizo un nombre en este cuarto —dice.

La frase tiene un tono ensayado. Su padre había comenzado en un *think tank* conservador, y luego había pasado a asesorar a políticos. Nombres cada vez más y más importantes, con lo que el suyo se fue transformando en un talismán de influencia política en la sombra. A saber cuánto hay de cierto. Yo no tengo manera de verificar las anécdotas rimbombantes del padre. Aun así, esas sombras se ciernen sobre el hijo. Las persigue. Pero ¿no sería mejor que se dedicase a otra cosa?

—¿Qué hay tan importante como esto? —dice.

Un destello de irritación, o tal vez de ira, le asoma a los ojos. Se apoya de espaldas en la mesa, cruza los brazos sobre el pecho. Dice: ojalá pudiera ser como yo. Coger un trabajo mecánico en la City, ganar una *auténtica burrada* de dinero. Pero todo esto —muestra con el gesto de rigor las estanterías mohosas— exige más de él. Hay un legado que mantener. Es una obligación, dice. ¡Tiene la obligación de dejar su huella en este mundo! Es lo que le han inculcado. Se permite una amarga risita tras esta última ocurrencia.

Es tarde. Deberíamos irnos a la cama.

Me dice que es fácil hablar conmigo. Que somos sinceros el uno con el otro. Dice que le encanta eso de mí. Bueno: quiere contarme algo. Algo sincero. Lleva un..., no, no es un diario, es una especie de autobiografía, está siempre escribiendo, trabajando en ella. Su historia, su vida; no deja de darle forma, una y otra vez. día tras día, en su mente. Todo lo que hace, antes de hacerlo, lo ensaya en las páginas de esa biografía. ¿Encaja, da el nivel? ¿Podría reposar en estas estanterías? Si la respuesta no es un sí, fuera.

Así es como vive, dice.

No puedo ver gran cosa en la leve oscuridad de su dormitorio. Es raro aventurarse en el lugar que lo moldeó años atrás. Distingo la silueta cuadrada de una librería, sobria y bien surtida de sus lecturas adolescentes. Unas estrellas tenues brillan-en-la-oscuridad en el techo.

A mi lado, dormido, es informe como el agua. Impertérrito frente a las preocupaciones cotidianas. La respiración constante. Con él, he pasado a ser más tolerable para los Lous y los Merricks de este mundo. Su aceptación promueve la del resto. Su presencia responde por la mía. les confirma que soy el tipo correcto de diversidad. Yo, a mi vez, le otorgo cierta credibilidad progresista. Compenso en parte su bagaje político de familia rica de toda la vida. Confirmo su posición a la izquierda del centro.

Pongo el móvil en silencio. Puede que no repare en el pragmatismo de nuestro emparejamiento como lo hago yo, o como lo haría Rach. Como seguro que debe de reparar su padre. Pero ahí está. En su autobiografía imaginada, en último término esta relación quedará reducida a una frase, puede que dos. Una prueba endeble de su mentalidad abierta, de su habilidad para tender puentes culturales.

Todo es un intercambio.

Lou asoma en mi pantalla. La asistente no está conectada, dice su email, y necesitamos un par de vuelos a Nueva York para el lunes por la mañana. Merrick nos quiere en Estados Unidos en persona. Cierro los ojos —exhalo— ante la insinuación. Quiero decirle que no, que se compre él su puto billete. El eco rectangular de la pantalla persiste, iluminado contra mis párpados. No es

el momento de ponerse difícil, lo sé, y tengo que reservar mi billete de todos modos (inhalo). ¿Qué más da uno que dos? Me ha incluido su número de pasaporte, la fecha de validez y una carita sonriente al final.

Exhalo,
inhalo.

Reservados, le respondo después. 7.35 a. m. LHR. Adjunto tarjeta de embarque.

Estoy a punto de bajar por la pantalla, hasta donde sé que encontraré el nombre de mi hermana, con ese enlace que me mandó ayer para no sé qué espectáculo que las dos queríamos ver. Pero dejo que la pantalla se atenúe, y luego deslizo el dedo, a la nada.

Sin el resplandor del móvil, la oscuridad es perfecta. Los ojos tardan un poco en acostumbrarse. El silencio aquí es absoluto. Me siento inadvertida. Aunque sé lo que se avecina, y lo que se espera de mí, en la fiesta de mañana. Entiendo la función que he venido a realizar. Hay ahí una promesa de legitimación y pertenencia, sí. Una cima narrativa en el relato de mi ascenso social. Sabían, desde luego —la familia, hasta los invitados—, que no podría rechazar una invitación como esta.

Me vigilarán, esa es la cuota de admisión. Querrán ver cómo reacciono ante su abundancia: educada contención, indignación disimulada y un ansia vil y deseosa debajo. Debo interpretar ese papel con un toque de indiferencia nueva-rica-millennial; servir feroces ocurrencias junto con los entremeses. Es una ficcionalización de lo que soy. pero que me implique transforma la ficción en realidad. Mis pensamientos, mis ideas —mi identidad, incluso— solo pueden existir en cuanto que respuesta a las palabras y acciones de los asistentes a la fiesta. Deben articularse en el perímetro de sus contornos. Reforzando así tanto su individualidad como la centralidad que esta tiene respecto de la mía. ¿Cómo si no podrían estar seguros de quiénes son y de quiénes no son? Para delinear hace falta un borde nítido y negro.

—Qué vestido tan bonito.

La madre me mira, desde el otro lado de la cocina. Una dulce luz lo inunda todo. Hay una pared de puertas francesas que se despliegan como un acordeón: la cocina se abre hacia un jardín inmenso desde el que nos llegan ráfagas de aire fresco matutino. A lo lejos, cuatro hombres con uniformes blancos indeterminados andan inspeccionando porciones de hierba. Hay postes metálicos. fardos de tela blanca y rollos de cuerda repartidos alrededor. En ningún momento miran hacia aquí.

La madre saca una taza del armario y la llena de una infusión humeante. Desliza la taza por la encimera hacia mí.

—Romero, del jardín.

Unos pinchacitos me suben por los brazos cuando apoyo las yemas de los dedos en los lados calientes de la taza. La madre me detalla el plan del día. Muy informal, insiste. Un bufé de canapés y algo de música.

—Eso es la carpa, la están montando. —Señala a los hombres con la barbilla—. Christina, nuestra restauradora, nos la ha recomendado. ¡No sabemos cuánto aguantará el buen tiempo!

Se planta cerca de mí, mirando todavía al jardín.

Va a ser la fiesta del siglo.

—Bueno, queríamos celebrarlo, sí. Cuarenta años. Pero en el fondo es solo una buena excusa

para reunir a todo el mundo. Familia, amigos de la familia. —Me sonrío otra vez. con las cejas en un arco benévolo. Tiene la cara tirando a cuadrada, con apenas unas finísimas arrugas, y suavizada por un vello claro y sedoso—. Qué alegría que estés aquí con nosotros.

Así abierta, la cocina parece enorme, sin fin: el jardín entero, las montañas más allá, hasta el cielo claro están al alcance de las manos. El suelo es de baldosas de pizarra, y hay una gran isla con quemadores en el centro. En la pared de atrás, unas vitrinas de roble exhiben vajilla y cristalería decorativa y anticuada. El hijo sigue arriba, durmiendo. Tendría que haberme quedado en el cuarto a leer, o tumbada a su lado, esperando.

—¿Tostadas?

Mete cuatro rebanadas en la tostadora y baja la palanca. Mantequilla de cacahuete, Marmite, mermelada: reparte todo lo que se puede untar, nombrando cada tarro al tiempo que lo coloca en la encimera, junto a nuestras tazas. Yo leo con ojos entornados las etiquetas escritas a mano de cada frasco de mermelada, y luego escojo una que parece de albaricoque. Sirve las tostadas en platos. Maneja el cuchillo de untar con eficiencia, reparte la mantequilla en una capa finísima por la superficie chamuscada. Como un monje que se niega a disfrutar del ritual, o a sucumbir al más mínimo exceso. Pero luego muerde, y mastica. Y se le cierran los ojos, como para apreciar mejor el sabor y el aroma. La observo tragar. Y luego dar un sorbo de infusión. Morder de nuevo, masticar. Tragar.

Todo parece en suspenso.

La madre, ajena a esa lentitud repentina de nuestro tiempo, muerde el pan una vez más. Su mandíbula lo tritura rítmicamente. se abomba y se alarga; los tendones asoman, tirantes, vibran más arriba de la oreja y se hunden en los mechones canosos. Junto a la sien, un hueso o un cartílago o algún otro elemento duro suyo oscila y presiona contra la piel blanca y tensada. Todo el costado de su cara está inmerso en esa acción mecánica y elaborada, hasta que. en el punto culminante, el pellejo flácido del cuello se contrae a la manera consabida y la tostada deshecha —hecha—puré, saliva y mantequilla, convertida en una pasta, se apretuja en la garganta; baja a empujones por el esófago palpitante, queda engullida.

Se lleva la taza a la boca y bebe.

El metal roza contra el metal cuando los hombres encajan los postes, formando dibujos abstractos. Toscos y secos: resuenan golpes sordos y gruñidos al fijar la estructura a la hierba. La madre frunce los labios —oo— y aguza el oído. ¿Cuánto tardará el césped en reponerse? De esas estacas y esos postes clavados, incrustados. Y, pronto, de los invitados: el peso de sus cuerpos aplastándolo, los tacones perforándolo, mientras pasean o se arremolinan.

—Ellie bajará enseguida —dice la madre—. A echarme una mano con todo esto.

Hace un gesto hacia la escena, que se va animando ante nosotras. Algunas personas más, personal de catering, supongo, van trayendo cajas o sillas o ramos de flores con el tallo muy largo desde algún punto que queda fuera de la vista.

—No, tranquila —dice, cuando le ofrezco mi ayuda—. Ahora viene Ellie.

Echa las migas de la mano al plato vacío y se pone a hablarme de una amiga de su hijo, algo así como un antiguo amor, en realidad. Agua pasada, me asegura. No tengo de qué preocuparme. Pero, aun así, dice, esa amiga a menudo llega la primera en ocasiones como esta, para echar una mano.

—Estoy absolutamente desbordada de ayudantes. —Hace un gesto de fingida exasperación.

Yo ¡mito la diversión de la madre, me fijo en su dicción ensayada, en el modo deliberado en que da forma a las consonantes en torno a forzadísimas vocales. Está iluminada por completo, en este momento, aquí, en su deslumbrante cocina. Luego recoge los platos, y volvemos las dos a nuestra representación de anfitriona e invitada. Charlamos de cualquier cosa, distraídamente, hasta que al fin oigo acercarse a ritmo de gorgoritos a Ellie y al bebé, tal como estaba prometido. Ellie va respondiendo de manera maquinal a los ruiditos ambiguos de la criatura, como si estuviesen manteniendo una verdadera, y aburrida, conversación. Expeditiva, me lanza un saludo con los dedos, y su madre y ella se juntan a comentar la logística. Dónde aparcarán los coches, a qué hora llegará la banda: cosas que doy por hecho que se han considerado y acordado con semanas de antelación. El bebé se lanza a mis brazos, pataleando, echa el cuerpo adelante y se retuerce para soltarse de la hija. Lo aparca en una trona; un diseño elegante, de nogal. Él bate, y luego balancea, sus pies diminutos. De nuevo, alarga los brazos hacia mí.

Es como si fuese la madre quien me tocara, con esa mirada fina y pegajosa como telarañas contra mi piel. Me vuelvo a contemplarlas, madre e hija. El rostro de la mayor se tensa de nuevo en una sonrisa.

—Tanto hablar de la fiesta —dice—, debes de estar loca de aburrimiento. —Antes de que yo pueda responder, me señala la solución: un paseo por el jardín.

—El aire fresco es tan tonificante... —dice.

Así que cruzo la cocina y salgo al jardín, con cuidado de no estorbar al personal que anda colocando mesas y adornos. El césped se extiende en todas direcciones con estallidos geométricos de flores y plantas frondosas. Más atrás, unos escalones de piedra bajan hasta una fuente llena de musgo, rodeada de setos y aún más flores. Está todo maravillosamente cuidado, con apenas un toque de maleza asilvestrada. Fruto, cabe suponer, de una atenta labor de jardinería. Me vuelvo a mirar la casa, alzo la vista a la majestuosidad imponente y trepadora de la hiedra. Es una mansión, en realidad. La mansión del señor Sapo. Me sorprende esa referencia vergonzosa e infantiloides. Pero es cierto, este lugar es igual al de aquellas acuarelas delicadas a toda página que recuerdo de mi niñez. Y, no sé cómo, he entrado en ella. Aquí estoy, dentro.

Hola, hola, guapetona.

Me grita uno de los trabajadores, con una gran mesa plegada bajo el brazo, a unos metros de distancia. Cuando me vuelvo hacia él, se para, planta la mesa en el suelo y se apoya en ella.

—¿Le parece justo, guapetona? Usted paseándose al sol mientras yo trabajo, ¿eh? ¡Qué mundo este!

Su voz cantarína tiene un deje amargo. Es mayor que yo, puede que cuarenta y largos. El pelo sudado se le queda pegado a la frente hasta cuando sacude la cabeza.

Me pregunto: ¿a quién más en esta casa le diría eso? De acuerdo con su jerarquía social ideal, con su concepción de lo que es *justo*, ¿quién tiene permitido pasear, respirar, disfrutar de un sábado? Tiene unas bolsas azuladas bajo los ojos, y las mejillas le cuelgan. Todo su cuerpo se desploma mientras sigue ahí parado, esperando su respuesta. Noto que me da asco. Su rabia impotente. su necesidad de afirmarse a sí mismo: de decirme a quién cree que pertenece este mundo. Doy media vuelta, camino de los escalones que hay al fondo del jardín.

—¿Eh, guapetona? —grita a mi espalda— Era *broma*, guapetona, ¡no se vaya!

Sigo caminando hasta que dejo de oír su risa.

Junto a la fuente se está más fresco. Unos cuantos peces gordos, de un naranja plateado, dan vueltas por el estanque. Los veo salir disparados por entre las piedras, desaparecer y reaparecer, destellando bajo los haces irisados de la luz refractada. «Si puedes convencer al hombre blanco más miserable de todos...» Lyndon B. Johnson había diagnosticado con precisión la importancia de un otro de color a la hora de apaciguar a los suyos. Yo he seguido con curiosidad desapasionada cómo se despedazaba a sí mismo este continente: confundido, perdido, enfermo de nostalgia por aquellos tiempos de gloria imperialista, ¡cuando la definición del *ellos* estaba tan clara...! Salta a la vista ahora, tan obvio, en retrospectiva, como la irracionalidad de la raíz cuadrada de dos. que las superpotencias de ese mundo ni son infalibles ni son superiores. No son nada sin una relatividad impuesta brutalmente. Una brutalidad organizada, sistemática, que sus hijos, blandos y fofos, apenas son capaces de tolerar, de reconocer, siquiera. Pero se aterran a ello como si fuese la verdad. No hubo jamás ningún absoluto, ningún decreto divino. Solo un viscoso y caprichoso azar. Y, luego, ir capitalizando.²

Me marchó, subo y bajo la palanca oxidada para cerrar la verja tras de mí. Aun desde la periferia, ya aquí mismo, la casa parece bastante lejos. No soy muy de excursiones, pero me apetece caminar. Más allá de lo que permite incluso su ancho jardín. Quiero distancia. Creo. Subir por entre los cerros.

Voy hacia ella.

Se extiende, me respondió la doctora cuando le pregunté cómo me matará. Me explicó las etapas. Me dijo que si lo dejaba demasiado tiempo, si lo dejaba extenderse demasiado lejos, no sería posible sobrevivir a los daños. Metástasis: se propaga por la sangre a otros órganos, crece de manera incontrolable, avasalla el cuerpo.

La riqueza de la familia posee una fisicidad fundamental. La casa, estos terrenos, el personal, las obras de arte: todas las cosas que pueden tocar, habitar, que les dan de vivir. Y la genealogía de la familia, todos los documentos, las fotografías. ¡Libros! Una historia escogida y cuidadosamente preservada. Apoyo la palma de la mano en la corteza oscura de un tronco y levanto la vista a sus ramas. Fresco y frondoso, el aire sabe aquí a promesa. Imagina crecer rodeado de esto. El hijo, por descontado, insiste en que las *mejores cosas* de la vida son gratis. Todo esto era, es, gratis para él. Aquí las colegialas no necesitan que las motive artificialmente gente como yo. Se la juegan, persiguen sus sueños, se arriesgan a trepar hasta la rama más alta y más alejada. Intentan alcanzarla, sabiendo que el suelo allí abajo es tierra, hierba blanda y dientes de león.

Puedo entender incluso a Lou, si tengo en cuenta todo esto. Ese ser desamparado que ve en sí mismo, convencido de su propio cuento de hadas de *superación*, de Bedford a medio escalafón corporativo, con un piso de dos dormitorios y dos baños en el distrito postal W9. Lou lo conseguirá, supongo. Tendrá todo esto. Se mudará a una casa más grande, y luego se volverá a mudar. muy pronto. Pondrá a los niños en las listas de espera de los colegios apropiados. Se codeará con la gente apropiada, conseguirá ese próximo ascenso, la invitación a esquiar, empezará a comprarse trajes más caros. Evolucionará. Hasta encajar, indistinguible. Sus hijos crecerán sin conocer otra cosa. Y creerán que es gratis.

La respuesta: integración. Siempre, la presión está ahí. *Intégrate, intégrate...* Fúndete en el crisol. Y luego, sal y viértete en el molde. Comba tus huesos hasta que se astillen y rompan y encajes al fin. Doblégate hasta tener su forma. *Intégrate*, dicen, animándote. Luego, con el ceño fruncido. Más tarde, una y otra vez. Y, siempre ahí, calladamente, bajo el lenguaje apremiante de tolerancia y cohesión: ¡desaparece! Dilúyete en la sopa multicultural londinense. No como Lou. Aquí, no. Dentro, no.

Toda la vida me he guiado por el principio de que, cuando me enfrento a un problema, debo esforzarme por descubrir qué puedo hacer para superarlo, o amoldarme, o trazar un camino que lo sorte, o excavar un túnel por debajo, incluso. Así es como me prepararon. Así es como nos preparamos, como enseñamos a nuestros hijos a abordar este lugar lleno de obstáculos, uno tras otro. *Trabaja el doble Sé el doble de bueno*. Y, siempre, intégrate.

Porque están observando(nos). Les enseñan a hacerlo, desde el colegio. Les enseñan a ver

nuestros cuerpos (a nosotros) como objetos. Aprenden la división entre países desarrollados y países subdesarrollados como si fuese mera geografía: tan incuestionable como las montañas, los océanos y demás accidentes naturales. Sin porqués, sin las flechas despiadadas del imperialismo europeo rasgando el mapa del mundo. En su forma más elemental: los cuerpos (negros) sin nombre, sin cara, sin identificar, exhibidos, hacinados y encadenados, pegados unos a otros, pies contra cabezas, en la ilustración a tinta de un barco. Condiciones indignas para un animal. Les enseñan esas imágenes, a perpetuidad, en las aulas, una y otra vez. Hasta que se convierte en un axioma; esa línea continua del objeto, a nosotros.

Y entonces, miran:

Fig. 1.

No se esconde. Está ahí plantado, con las piernas separadas, zapatos de suela de goma y un traje barato. Mirando. A solo dos metros. Sus ojos, expectantes, se aterran a tu cuerpo: las yemas de sus dedos toquetean un walkie-talkie. La estática ensordecedora de su recelo va aumentando mientras te sigue por los pasillos. A unos cuantos pasos por detrás, vayas adonde vayas. Tus movimientos son pausados y meditados, pero sientes el pulso aporreándote en el cuello. Deberías mirarlo a la cara. Hacerle frente. Exigirle una explicación, al menos. Pero no puedes.

Sabes que no.

Un zumbido en el bolso te sobresalta. Dudas, estás a punto de ignorarlo. Pero luego te recompones. Dices, *venga ya*, y sacas el móvil. Notas como el chisporroteo de su atención te baja por el cuello y te recorre el brazo, como cruza la palma hasta tus dedos cuando estos se pliegan en torno al plástico liso y el pulgar se desliza por la pantalla.

¿Hola?, dice una voz incorpórea.

Y él mirando, mirando, mirando.

Fig. 2.

En la puerta del súper, enfrente del instituto, solía formarse una cola de chicas a la hora de la salida. Un dependiente —convertido en gorila para gestionar la avalancha— se colocaba en la entrada. Solo dos dentro, en fila, sale una entra otra, entonaba, como recitando un texto sagrado. Pero luego hacía pasar con la mano a dos o tres chicas que no se habían molestado en hacer cola. A las colegialas con los labios color cereza, las pestañas llenas de grumos negros y el pelo rubio cayéndoles en rizos flojos por los hombros, las hacía pasar. Y luego lanzaba una mirada fulminante a la fila, les decía que no armasen tanto jaleo.

Fig. 3.

Nueva York, domingo noche; Londres, sábado mañana. Haces ese trayecto de ida y vuelta por trabajo con regularidad. Pero el auxiliar de tierra te detiene. En Heathrow, el domingo a mediodía, el auxiliar se cuela de una zancada en tu camino antes de que puedas llegar al mostrador de *business*. Te coloca una mano firme en el brazo. Los dedos del auxiliar —a saber qué más habrán tocado— se hunden ahora en la lana gris y suave

de tu abrigo. Bajas la vista a esa mano sobre tu cuerpo: a las motas de suciedad bajo las uñas, al vello claro que brota de su mano sudada. Y luego, su dueño, el auxiliar, te indica, señalando y levantando la voz, como si no entendieras, dice: El mostrador de clase turista está ahí.

El auxiliar no se fija en tu billete, no, se limita a mandarte con la mano a la cola larga, que serpentea de un lado a otro, delimitada por cuerdas, hasta llegar al mostrador de facturación. El auxiliar dice: Sí, esa es su cola. allí.

Fig. 4.

Volviendo de la biblioteca a la facultad una noche, los ves. reunidos en un corrillo en el puente. Los rostros iluminados de un verde paliducho por los móviles. Un par tienen bici, y una chica está asomada a un lado, tirando escupitajos al río. Su conversación se va apagando a medida que te acercas, se giran y desvían su atención hacia

tú mantienes el paso. El pie izquierdo y luego el derecho. No levantes la cabeza, sigue andando. No hay vuelta atrás, ni siquiera adelante; date cuenta. Lo único que hay es a través, sin fin, recorrerlo. Este entorno hostil. Esta vida hostil. Y entonces, esa palabra: esa palabra mágica que infunde hasta en unos *mocosos* la riqueza y la talla del gran imperio británico —la arquitectura, las estatuas, los muros que se alzan magníficos por todas partes—, esa palabra que te escupe la chica de los escupitajos antes de soltar otra descarga de saliva por entre los dientes. Se clava en el silencio, no en el agua, esta vez

se ríen y tú pasas de largo sin mirar atrás, sigues caminando y no haces caso al pataleo y al zumbido acelerado de los pedales girando a toda velocidad en sus bicis no mires

La doctora me dijo que yo no lo entendía...

Recuerdo a Lou, almorzando en su mesa mientras la muerte de Philando Castile se reproducía entre párrafo y párrafo en su pantalla. Sostenía el burrito más arriba de la boca e iba interceptando con la lengua las alubias que se escapaban a medida que retiraba el papel de aluminio de la tortilla reblandecida. La doctora había dicho que yo no lo entendía, que no sabía cómo era el dolor; el del cáncer sin tratar. Ojalá hubiese intervenido antes, dijo. Dolor, repetí yo. Malignidad. Integración: radiación, rayos. Carne consumida, devastada por ojos caníbales. El vídeo y el burrito, terminados. La mano pringosa de Lou envolvió el ratón y cerró con un clic.

(entiende: el deseo consiste en consumir tu sufrimiento, en entretenerse con el escalofrío que genera, ese repelús con los nervios de punta; un sufrimiento que confirma todo aquello que conciben como una verdad superior / sacude, estremece y raspa la garganta cuando lo engullen entero / la misma satisfacción que la de un hilo suelto, la de tironear, desenredar, deshacerse)

Mientras caminaba, los crujidos bajo mis pies han ido cediendo el paso a susurros polvorientos; ingravidez, suaves pisadas. Estoy perdida, tanto literalmente como en el sentido abstracto y más amplio de este relato. Aunque si miro atrás, abajo, sigo viendo la casa: ladrillos rojos que descollan por encima de la carpa blanca. Da la impresión de que la casa y la carpa y la

distancia sean las únicas cosas que hay aquí ahora mismo. ¿Por qué hago esto? He reducido al hijo, la familia y su casa a momentos escogidos, instantes, resúmenes. Los he cosido con los remiendos de las palabras y los actos de otros. De personas, individuos reales y complejos. *Trascendencia*. Los estoy elevando aquí conmigo, a estos planos metafóricos aún por conquistar. En los que podemos representar un papel simplificado de lo que somos para el otro. En otras palabras: estoy pensando. La madre tiene razón, el aire tonifica.

Pero sigo aquí físicamente. Y no me siento segura. Mi presencia perturba a colegas, desconocidos, conocidos, incluso amigos. Sí, he sentido como me rociaba la indignación de mi compañero de trabajo mientras me decía—gritaba lo que pensaba de la discriminación positiva. *Putas cuotas*. Incluso Rach. apoyando la mano en mi hombro con suavidad mientras me dice que lo entiende, por supuesto. Lo entiende, pero es duro igualmente, ¿sabes? Es como si ser mujer ya no fuese bastante.

Así lo veían todos: como algo otorgado, algo inmerecido, *arrebatado* a un digno y esforzado...

Pese a que estas montañas están desiertas, y a que soy libre de caminar por ellas, sigue flotando la amenaza sempiterna de ese mismo impulso: proteger este lugar de mí. En cualquier momento, podría aparecer alguno de ellos, podría exigir saber quién soy, qué estoy haciendo.

¿Quién me ha dicho que pueda hacer eso aquí?

Al hijo... Le encantan las historias de hombres monstruosos que hacen cosas espantosas en oficinas relucientes y restaurantes Michelin. Extrae un placer voyeurístico del dolor y la lucha legítima, antes de la victoria definitiva. Después sonríe y me estrecha la mano, se queda tranquilo. Confortado por su implicación en ese discreto, feliz final. En la solución.

Me presenta a sus amigos de todo el espectro político. Conservadores que fruncen los labios —oo— y sueltan ahs y asienten, y me dicen que soy justo lo que encarna este país. ¡Y qué bien me expreso! Progresistas ceñudos que hablan claro: mi carrera inmoral es contraproducente para mi propia comunidad. ¿No me doy cuenta? Debería preocuparme la *pobreza*, no la raza. Sus caras serias se ladean para calibrar mi comprensión, mi entendimiento del papel que tengo en esta sociedad. Invocan metáforas de barcos y mareas y pujantes olas de justicia. Sin reparación alguna: no, ni siquiera el socialismo apunta tan alto. Aunque algunos sí que proponen un goteo de riqueza bastante capitalista de Gran Bretaña hacia sus amigos más rezagados de la Commonwealth. Por medio de la generosidad económica: ¡relaciones sólidas y comerciales! Liderazgo global. Los de centro asienten. El hijo asiente también. Ahí sí, ahí todos pueden estar de acuerdo.

Se toman su losa moderna muy en serio, con hamburguesas de Beyond Meat y patatas de corte grueso con unas gotas de aceite de trufa.

Dice bell hooks: «Tenemos que integrar la descolonización como una práctica crítica si queremos tener una posibilidad real de supervivencia...»³ ¡Sí, sí! Pero yo no sé cómo. ¿Cómo examinamos el legado colonial, si sus beneficiados cuestionan los hechos fundamentales de su construcción? Incluso los que no ardieron en los sesenta, a manos de funcionarios británicos, en aquel frenesí de destrucción documental masiva con el beneplácito del gobierno. Operación Legacy, para ahorrarle vergüenzas a la Reina. Pero, aunque no tan espectacular, el acto más insidioso, el que demostró tener mayor impacto, fue la exclusión y la ocultación deliberada de este hecho en el plan de estudios del país. Así se consiguió destruir algo más que los registros. El borrado en sí quedó borrado.

Con una facilidad pasmosa, los hechos de la historia británica no bélica del siglo XX se extirparon, se arrancaron de la memoria colectiva del país. Fueron suplantados. En su lugar, florecieron difusos cuentos de hadas de un gobierno imperial benévolo. ¿Cómo podemos abordar, debatir, incluso pensar a través de una óptica poscolonial, si no hay una base compartida de conocimientos? ¿Si el relato más simple de lo que sucedió —tal como se conserva en los propios archivos del país— se tambalea, tan sospechoso como las conspiranoias de gorro de papel de plata, en las mentes de sus instruidos ciudadanos?

Podría intentar decir algo, cuando voy a los institutos. A esas salas de actos llenas de chicas en busca de inspiración. Porque, aún hoy, la madre patria no ha aflojado el puño. Gran Bretaña continúa poseyendo, explotando y beneficiándose de tierras de las que se apoderó en sus hazañas del siglo XX. Quemando nuestros futuros para alimentar su economía voraz. Bajo amenaza de violencia monetaria. Y aleccionándonos, a todo esto, sobre autosuficiencia. Interfiriendo en nuestra política, nuestra democracia, nuestro acceso al escenario económico global; creando países subdesarrollados.

En el mejor de los casos: esas chicas crecen, se *integran*, consiguen trabajo y vierten dinero a raudales en un gobierno que no deja jamás de decirles que no son británicas. Que esta no es su casa.

¿Es eso lo que debería decir?

No, no puedo embestir de cabeza. Hay ciertas convenciones, dice el hijo. Fórmulas familiares, aceptables. Con las que fomentar el entendimiento. Así lo hace él en los discursos, dice. (A veces escribe discursos políticos.) Dorar la píldora de la retórica, envolver las ideas en un relato: convertirlo en algo personal, algo con lo que uno pueda identificarse. Sincero, dice. Darle a mi verdad un arco narrativo...

Vale, lo intento. Le cuento una historia. Quiere saber más. Quiere saber quién hizo qué, con detalles, y a quién. ¿Cómo me hizo sentir? (Dale una fisicidad visceral.) ¿Quién tiene la culpa? (Una manzana podrida. No ningún sistema ni ninguna sociedad ni la complicidad de una mayoría mediocre con el mantenimiento del *statu quo*...) ¿y cuál es la moraleja? ¿Cómo trascenderá nuestra heroína su condición de víctima? Cuéntale más, te anima. Dice que te escucha Quiere saber.

¿Qué más podría decir? ¿Qué nivel de detalle bastaría para desbloquear ciertas ideas, o cierta comprensión, o incluso algo básico, humano, empático en su interior? Pero ahí no hay nada de eso. O yo no tengo cómo llegarle. La única herramienta que tengo para expresarme es el lenguaje de este lugar. Sus sesgos y sus ideas preconcebidas permean toda razón que pudiera construir partiendo de él.

Estas palabras, símbolos dispuestos en la página (en sí, un vehículo puro y sin mácula para la elucidación objetiva del pensamiento), estas unidades básicas de civilización, ¿cómo podrían albergar malas intenciones?

Fig. 5.⁴

blanco

falto de color debido a la reflexión de toda o casi toda la luz incidente

negro

sin luz; completamente oscuro

sin esperanza ni alivio; aciago

muy sucio o manchado

pálido, sin sangre, como a causa del dolor, de una emoción, etcétera

benévolo o sin malicia

furioso o resentido

incoloro o transparente

que trata de las facetas desagradables

de la vida, en particular

de un modo pesimista o macabro

coronado por o acompañado de nieve

contrarrevolucionario, muy conservador, o monárquico

que causa, se deriva o padece grandes infortunios

vacío, como la zona no impresa de una hoja de papel

malvado o dañino

honrado o generoso

que causa o merece deshonra y censura

moralmente intachable

(de la cara) morada, como por asfixia

(de épocas, estaciones, etcétera) propicias; favorables

dejar sin blanca

blanco como la nieve

¿Cómo voy a usar un lenguaje como este para examinar la sociedad a la que refuerza? La sociedad que lo concibió; cuya voz lo dotó de existencia y lo impulsó a la madurez, mientras su pueblo emborronaba con su erudita caligrafía cualquiera de los lugares que yo podría considerar mi casa?

La mano blanca que va impresa en la furgoneta blanca blande unas esposas plateadas frente a un fondo negro, y junto a ella, un letrero con efecto sello le estampa a esa burla tan de patio de colegio una legitimidad pagada del bolsillo de los contribuyentes: VETE A CASA o atente a las consecuencias.

Fig.6.⁵

@hmtreasury:

Este es el sorprendente #FridayFact de hoy. Millones de vosotros contribuisteis a poner fin al comercio de esclavos por medio de vuestros impuestos.

(La cuenta de Twitter de la Tesorería de Su Majestad acompaña esta cursi tergiversación de la historia con una ilustración en la que aparecen personas, esclavizadas, incluida una madre con un bebé colgado a la espalda y una cadena pesada ceñida al cuello. El texto del pie se vanagloria de la generosidad de Gran Bretaña «al comprar la libertad de todos los esclavos del imperio». *¿Sabías qué?:* compensando a los amos esclavistas por la pérdida de sus propiedades.)

¿Es cierto que la riqueza de su familia se financió en parte con esa libertad comprada; el préstamo que mis impuestos han saldado? Sí. ¿Él es un individuo y yo soy un individuo y ni uno ni otro estaba allí, ni es responsable de las acciones de sus identidades históricas? Sí. ¿Vive él, aun así, de los rendimientos de aquel capital mientras yo trabajo para pagar los intereses? Sí. Pero ahora, aquí estoy, paseándome por entre sus frutos: la tierra que posee, la historia que aprecia; los cimientos familiares, tierra, ladrillos. árboles que se alzan a metros de altura; el sentimiento de pertenencia, de seguridad, de estar en casa. ¿Tiene él esto aquí, siempre, esperándolo? Sí. Esta mañana, mientras dormía, ¿parecía renovado? Sí. Sí, pues claro. Él está en casa.⁶

No le enseñé el piso enseguida. Me costó compartir esa parte de mí que sentía tan íntima, aunque fuese externa.

—¿Es ese? ¿No, no es ese? —iba bromeando, mientras señalaba los edificios más horrendos por los que pasábamos de camino allí, unos días después de la firma.

Dio unos pasos por el jardín mientras yo buscaba en el manojo de llaves la que abría el portal. Subió a la carrera los dos tramos de escaleras, saltando los escalones de dos en dos con cada zancada. Dentro, las habitaciones estaban peladas: nada más que las cortinas, la moqueta y un olor rancio y almizclado de los inquilinos anteriores. Deslizó la mano por las grietas de la pintura beige magnolia, y luego se puso en cuclillas para inspeccionar la chimenea tapiada. En la otra punta de la habitación, recorrió las cortinas y echó un vistazo por los grandes ventanales del mirador, que repiqueteaban en los marcos de madera podrida.

—Está bastante bien, ¿no? —dijo hablándole al cristal.

Noté entre las manos apretadas la presión todavía nueva de las llaves.

—¡Solo falta algún cuadro! —dijo.

Pero, primero, la reforma. Los elementos originales se restauran cuidadosamente. Buscamos los muebles y la decoración. La pieza escogida llega por mensajero en una caja elegante, junto con un sobre blanco e impecable que contiene un documento titulado: Certificado de Autenticidad. En la caja viene además un tríptico impreso con «información adicional sobre esta litografía».

Las noches que estoy sola, en este hogar de buen gusto que he creado, me quito la ropa del día. Capas, telas, se desprenden de la piel hasta que no queda nada debajo. Pero no se revela nada más; ningún yo oculto, ninguna desnudez. Ningún *otro* exótico y expuesto.

Nada.

Me sumerjo en ello.

Agarra, coge esas hebras, júntalas y enrolla el hilo en torno a ti; reconstrúyete desde los restos. Di: Te quiero. Me encanta trabajar aquí. Me ha encantado dar esta charla. No, no es nada. Estoy bien, de verdad; estoy ilusionada, sí, con el futuro. Di lo que ellos te digan que digas o no digas, sobrevive; marcha hacia lo inevitable. Como hicieron nuestras madres, nuestros padres. Nuestros abuelos, antes de ellos. Sobrevive.

No estoy segura de que supiera que podía parar, antes de esto. Que había alguna alternativa más allá de sobrevivir. Pero, con mi metástasis, di con ella. Debo planteármelo seriamente: ¿por qué vivir? ¿Por qué seguir sometiénome a mí misma a su mirada reduccionista? A esta *cosificación aplastante*. ¿Porqué soportar mi propia deshumanización? Tengo el piso, ahorros y algunas inversiones, un plan de pensiones, y una cuantiosa póliza de vida. He amasado una nueva oportunidad, algo que legar. A los que vengan después. A mi hermana. La posibilidad de lograrlo. Aunque esto no es lo que ella querría. Sí, la estoy dejando sola aquí.

Pero seguir adelante, ahora que tengo elección, sería escoger la complicidad.

Sobrevivir me convierte en partícipe de su relato. Tenga éxito o fracase, mi existencia solo servirá para apuntalar ese constructo. Me niego. No quiero esas opciones. No quiero esta vida. Sí, comprendo el dolor. El dolor es transformador —trascendente—, el desmontaje de la construcción. Un retorno, afortunadamente, al polvo.

Estoy muy lejos, caigo en la cuenta.

Me vuelvo a estudiar el paisaje. Incluso aquí arriba, no dejo de notarlo golpeando contra la piel, el nacionalismo palpitante de este lugar. Yo soy la membrana tirante y tensa del tambor contra el que redobla su identidad. No puedo escapar de su ritmo. Todo aguarda: el lunes, Nueva

York, y luego vuelta al despacho. Esos lunes se ciernen estruendosos sobre el resto de mi vida, aporreando y aplastando, alzándose *in crescendo* sobre mí, desgarrando...

... pero ahora está tranquilo. Me siento en la hierba y contemplo la ajetreada finca de la familia. El retablo viviente que se despliega ante mí se mueve, diminuto y desprovisto de sonido, pero bien compuesto. La casa y la vegetación forman un telón de fondo espléndido para la bulliciosa escena del jardín. Frutas y botellas, maduras, dispuestas, listas para su descorche y consumo: bocas abiertas. Cuatro figuras —vestidas de negro colocan atriles dibujados con finísimos trazos, y luego abren las fundas. El satisfactorio pop, después del clic, el crujido final, no se oyen, pero casi me llega el dulce olor a resina mientras, con delicadeza maternal, van sacando los cuerpos instrumentales de sus estuches de terciopelo.

Hay tanto aquí con lo que deleitar a un espectador atento... Fíjate en las figuras animadas: la restauradora, portapapeles en mano, en una esquina, alisando un mantel. Un fleco suelto de la carpa batiendo inofensivo en lo alto; un hilo diminuto (¿imaginado?, ¿insinuado?) ondeando con la agradable brisa. La madre, atareada, se detiene a arreglar un centro de flores. La hija, meneando a un bebé en brazos, inspecciona una botella, se vuelve hacia su marido.

Sí, escruto pero no subestimo: no puedo apagar semejante intensidad mirándola de lejos con mi vista borrosa. Aun así, he mirado: he visto, y aunque no sé expresar qué es lo que he visto exactamente, lo que he comprendido al fin. sé que es suficiente.

He visto suficiente.

Contemplo todo ahora con la benévola paciencia que mi decisión, mi desligarme de esta vida, me permite. Entretanto el hijo, mi novio, sale por la verja y coge un camino más corto cerro arriba. Oculto de rato en rato tras los árboles, sigue adelante hasta que se vuelve demasiado grande para la escena, y emerge de ella, entra en la vida. Continúa avanzando.

—Por fin te encuentro —dice, cuando llega hasta mí— ¿Te estabas escondiendo?

Lo miro con los ojos entornados. Él alza una botella abierta de champán con una sonrisa traviesa.

—¡He pillado provisiones!

Se agacha y se tumba, hasta quedar tendido torpemente a mi lado. Deja la botella en la hierba. Las mangas y el cuello de la camisa asoman fruncidos del chaleco. Me parece oír la leve resonancia de la banda ensayando, fundiéndose agrí dulce con los chirridos y crujidos del paisaje sonoro de este lugar.

—Oye. Sobre el tema ese del cachorrito, antes... —Se calla Veo como se echa boca arriba—. He estado pensando en todo esto —le dice al cielo—. Ya sabes, en tu... en nuestro roce con el *cáncer*. —Susurra la palabra como en un aparte escénico, cargada de una electricidad zumbante y perversa.

»Ver tan de cerca la... bueno, la muerte. Me ha dado perspectiva. Me ha recordado... lo que es importante, lo que en verdad merece la pena.

»La vida es... —Sonríe, y unas arrugas familiares se le forman junto a los ojos.

»¡Tenemos que aprovecharla!

No veo Londres desde aquí. Nada rasguña ni perfora el cielo azul claro. A él le hace bien. Hay algo en la ciudad, en su construcción, en la industria, en el bullicio de la globalización, que

lo desgasta. Se vuelve a mirarme, los ojos muy abiertos, buscando. Me toca el brazo.

—A mis padres les encantas. —Sonríe. Nos quedamos un momento en silencio—, A la mierda. ¡Casémonos!

Se acerca a mí, con los ojos suavemente cerrados y los labios apretados en una mueca besucona Cree en lo que dice, ahora mismo, lo sé. Pero la suya es una creencia fugaz, y pasará. En cuanto aparezca una nueva moda, la próxima aventura. Lo comprendo. Es el impulso de un chico que comprende a su vez, en su carne y en sus huesos y en su sangre y en su piel, que ha nacido para timonear esta gran nación, en la que el sol nunca se pone. Todavía no. Aún luce el sol. Y el cielo es increíblemente azul. Vuelve a ser él. Aquí. En casa, y conmigo sirviendo de marcadísimo contraste. Pero sin este lugar, sin ese contraste...

¿Qué esperabas encontrar aquí?

Debería devolverle el beso. Luego nos levantaríamos, nos sacudiríamos la ropa y bajaríamos caminando de vuelta a la casa, cogidos de la mano. Los invitados llegarán pronto, ya es casi la hora. Todo empieza a tomar forma. El champán se ha volcado, el líquido espumoso encharca la hierba y la tierra secas. Los labios le tiemblan con la tensión de la mueca: confiado en ese sí que da por hecho y, sin embargo, inseguro.

Tan inseguro, de pronto.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi editora, Hermione Thompson, y a mi agente, Emma Paterson, por su guía, su apoyo y su profunda percepción. Junto con Jean Garnett y Monica MacSwan, no podría haber deseado un equipo mejor.

Agradezco también a Spread The Word que me seleccionara en 2019 para un London Writers Award. Gracias a Bobby, Eva. Ruth y al resto del equipo por la oportunidad.

Gracias también a Jackee y Elise Brown, Amina Begum, Harald Carlens, Maja Waite. Han Smith. Niroshini S., Adam Zmith. Salma Ibrahim, Taranjit Mander, Vanessa Dreme, Chloe Davies, Sarah Day, Francisca Monteiro, Lisa Baker, Laura Otal, Anna Hall, Jacinta Read, Katy Darby, Rose Tomaszewska y Sam Copeland.

Y a mi familia: gracias por todo. Este libro no habría sido posible sin vuestro apoyo.

Es sorprendente que, incluso
en la supuesta intimidad de mis propios pensamientos me sienta
(todavía)
obligada
a reprimirme al hablar.

NOTAS

¹ Eclesiastés, 1:14.

² Lyndon B. Johnson, según lo citaba Bill Moyers en un artículo del *Washington Post* publicado el 13 de noviembre de 1988.

³ Véase *Postmodern Blackness* de bell hooks. [«Negritud posmoderna», incluido en *Afán: raza, género y política cultural*,

Traficantes de Sueños, Madrid, 2021. Traducción de Ana Useros]

⁴ Collins English Dictionary.

⁵ Cuenta del HM Treasury en Twitter. 9 de febrero de 2018, más tarde borrado.

⁶ Sobre la identidad histórica, véase *Citizen: An American Lyric*, de Claudia Rankine. [*Ciudadana: una lírica estadounidense*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2019. Traducción de Raquel Vicedo.]